

BOLSILIBROS

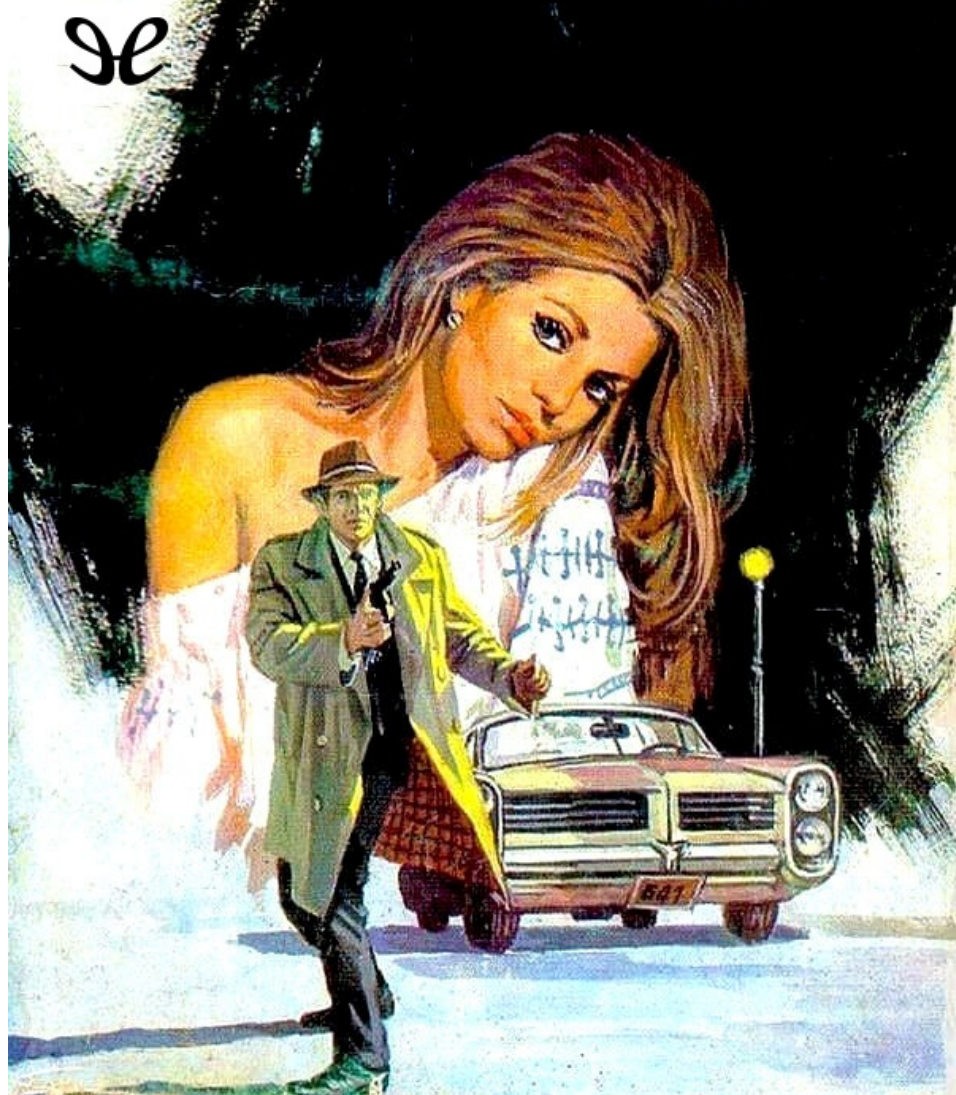
SERVICIO
SECRETO

SS

AL ENCUENTRO DE LOS ANGELES

*Lou
Carrigan*

de



Vestía como un hombre, pero saltaba a la vista que era una mujer, no sólo por el rostro en el que destacaba la boca roja y grande y los enormes ojos oscuros, ni por la casi larga cabellera negrísima, sino porque los pantalones tejanos modelaban unas caderas rotundas, y la blusa amarilla desabotonada con generosidad ponía en evidencia la forma de unos senos de lo más convincentes.

Ella también le había estado mirando a él mientras esperaba a que los pasajeros del autocar fueran subiendo a éste tras entregarle los pasajes. En seguida se había dado cuenta de que él era norteamericano, tan alto, tan rubio, tan ufano de sí mismo, con aquella sonrisa de chico bueno que cree que puede conquistar el mundo.

Todos los yanquis eran iguales.

Unos engreídos.



Lou Carrigan

Al encuentro de los ángeles

Bolsilibros: Servicio Secreto - 1648

Brigitte en acción - 371

ePub r1.1

jala y xico_weno 08.02.18

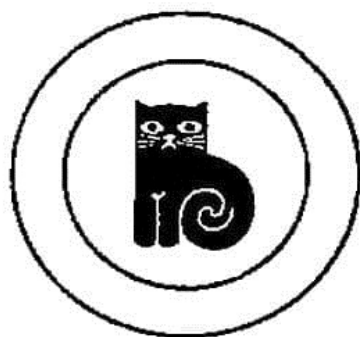
Título original: *Al encuentro de los ángeles*
Lou Carrigan, 1982

Editor digital: jala y xico_weno
ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Vestía como un hombre, pero saltaba a la vista que era una mujer, no sólo por el rostro en el que destacaba la boca roja y grande y los enormes ojos oscuros, ni por la casi larga cabellera negrísima, sino porque los pantalones tejanos modelaban unas caderas rotundas, y la blusa amarilla desabotonada con generosidad ponía en evidencia la forma de unos senos de lo más convincentes.

Ella también le había estado mirando a él mientras esperaba a que los pasajeros del autocar fueran subiendo a éste tras entregarle los pasajes. En seguida se había dado cuenta de que él era norteamericano, tan alto, tan rubio, tan ufano de sí mismo, con aquella sonrisa de chico bueno que cree que puede conquistar el mundo.

Todos los yanquis eran iguales.

Unos engreídos.

Finalmente, ella terminó de recoger los pasajes de los viajeros que desde la terminal de autocares en el aeropuerto de San Cristóbal pasarían a Costana, la capital de Valdivia, el pequeño país vecino de Venezuela. Y fue entonces cuando él se acercó. Llevaba una maleta normal y corriente, y un maletín que aunque normal y corriente de por sí, llamaba la atención por el hecho de que el rubio y atlético personaje lo llevara sujeto por medio de una cadena a su muñeca izquierda. Llevaba, además, un paraguas bajo este brazo.

¿Un correo diplomático?

—Perdone, señorita —la interpeló él, en perfecto español—, entiendo que este autocar es el que va hacia Valdivia.

—Sí, señor. A Costana, la capital, precisamente.

—Muchas gracias.

El rubio se dispuso a subir al autocar, pero ella le tocó en un

brazo con un dedito, y él se detuvo y le miró amablemente.

—¿Me entrega su pasaje, señor? —pidió ella.

—Lo siento, no tengo pasaje. Si no le importa pagaré en el autocar.

—No puede subir sin pasaje, señor. No aquí, en el aeropuerto. Lo siento. Sería diferente si lo encontrase a usted en ruta después de cruzada la frontera entre Venezuela y Valdivia, pero aquí debe adquirir usted su pasaje en las oficinas de la línea de autocares. Son las reglas.

—Sí, le comprendo, puesto que se ha de cruzar una frontera —asintió el rubio—, pero no he tenido tiempo de adquirir el pasaje. Acabo de llegar en un vuelo *chárter*, y ni siquiera sé dónde están las oficinas de la compañía. Pero he visto en el autocar la indicación del trayecto, y, una vez seguro de no equivocarme, iré a Valdivia.

—Señor: no puede usted tomar este vehículo sin pasaje.

—Está bien, iré a buscarlo —se resignó el atleta rubio—. ¿Dónde está el despacho?

—Está dentro del edificio del aeropuerto. Lo verá en seguida en el vestíbulo: Agencia Carmona, San Cristóbal-Costana.

—Gracias. ¿Cuándo sale este cacharro hacia Costana?

—Dentro de dos minutos —enrojeció la muchacha—. Y no es ningún cacharro, señor. Es un buen autocar.

El rubio miró de soslayo el viejo autocar pintado de verde y amarillo. En Estados Unidos haría ya años que habría sido convertido en chatarra.

—Me parece que no lo había mirado bien; sí, es un bonito vehículo. ¿Será tan amable de decirle al conductor que se espere?

—El conductor soy yo, señor.

El rubio parpadeó. Por un instante, miró el sugestivo escote de la muchacha, vislumbrado las bronceadas formas de los senos espléndidos y turgentes. Se convenció, además, de algo que ya había estado sospechando: la muchacha no llevaba sujetador. Claro que tampoco le hacía falta...

—Estupendo. Espero que me den un asiento cerca de usted. ¿O no está permitido conversar con el conductor?

—El coche sale dentro de dos minutos escasos, señor —dijo ella, un tanto irritada—. Si está usted aquí entonces con el pasaje, hará el viaje. Si no, se quedará en San Cristóbal hasta pasado mañana. Al

menos, en *mi* línea.

El rubio volvió a mirar el escote de la muchacha. Luego, miró hacia el interior del autocar, por cuyas ventanillas se asomaban algunos pasajeros, mirándole con fatigada curiosidad. Algunos de los pasajeros llevaban pollos, y hasta había uno que llevaba un diminuto macaco sujeto por una cadena.

—¿Los macacos llevan pasaje? —preguntó el rubio.

—Claro que no.

—Entonces, hágase usted cuenta de que soy un macaco.

Se dispuso de nuevo a subir. Y otra vez le tocó ella en un brazo con un dedo.

—No puede usted subir sin pasaje, señor.

—Escuche —la miró él, mosqueado—, usted sabe perfectamente que no tengo tiempo de ir a por el pasaje y tomar este cacharro, de modo que le pagaré a usted, y asunto concluido.

—Como usted quiera —sonrió ella con inesperada fiereza.

—Eso es; como yo quiera.

El rubio subió al autocar, y se sentó junto a una ventanilla. El asiento contiguo al suyo, en el centro del pasillo, estaba asimismo vacío. Un pollo hizo algo así como coc-coc-coc, y el rubio lo miró. El animalito tenía ojos de cabreo.

«Te comprendo, amigo —pensó el rubio—; aunque ya es media tarde hace un calor de huevos cocidos. De huevos de gallina, se entiende. Apuesto a que te gustan las gallinas».

Sonrió al pensar esto, y encendió un cigarrillo. Miró a la muchacha, que continuaba junto a la puerta de entrada al vehículo, mirando su reloj de pulsera. Una chica puntual, sí señor. Bueno, hay de todo en la vida.

A través del humo del cigarrillo vio acercarse desde el edificio del aeropuerto a dos sujetos, bien vestidos pero con cara de mono recién afeitado. Caminaban apresuradamente, y ninguno de ellos llevaba equipaje. Entregaron sus pasajes a la muchacha y subieron al autocar. El rubio estaba mirando al otro hombre que llegaba corriendo, medio arrastrando una vieja maleta. Llegó justo cuando la conductora se disponía a ocupar su puesto ante el gigantesco volante.

Angelito de Dios, tener que manejar aquel trasto con unas manecitas tan lindas...

El sujeto apresurado subió al autocar, y tras él lo hizo la muchacha. Accionó el mando neumático, y la puerta se cerró, con un chasquido. El motor ya estaba en marcha. ¡Como si tuviera necesidad de calentarse, con aquel clima! El sujeto apresurado había colocado la maleta en un asiento junto a una ventanilla, y se había sentado hacia el pasillo. Se estaba secando el sudor con un pañuelo que no parecía demasiado limpio. Tenía cara de mala uva. El macaco estaba chillando, y dos mujeres gordas y morenísimas lo miraban como preocupadas. A lo peor ya habían viajado alguna vez con macacos, y no les hacía gracia...

—Nos vamos —dijo la muchacha.

El autocar partió, alejándose de la terminal hacia la salida del aeropuerto. Llegaba un avión, y el rubio estuvo mirándolo, recortándose en el cielo nítidamente azul, hasta que tuvo que torcer demasiado el cuello. Entonces, se dedicó a mirar la cabellera de la conductora. Linda chica. Y con carnes. No es que fuese gorda, eso ni hablar: simplemente, tenía carnes, no como algunas, que parecen muñecas desinfladas. Buen chiste.

Desde su puesto ante el volante, Nidia Cortés miraba por el retrovisor al rubio pasajero.

«Ya verás tú cuando lleguemos a la frontera —se recreó con la idea— y te pidan la documentación al no ver tu pasaje con los otros. Amiguito, sólo los que están bien documentados y lo tienen todo en orden pueden obtener pasaje en San Cristóbal. ¡Así que buena te espera!».

En el fondo, le disgustaba la idea. El rubio era atractivo, y a decir verdad, era educado y hasta casi parecía simpático. Pero la Ley es la Ley.

«Tal vez hoy les dé por no pedir los pasajes, y pueda llevarlo hasta Costana», se dijo Nidia Cortés, esperanzada.

Pero sus esperanzas no se cumplieron. Unos veintidós kilómetros al Sur, el autocar se detuvo en su sitio de siempre, y los guardias de servicio se acercaron, sonrientes. Nidia abrió la puerta de entrada, y ambos subieron.

—Hola, Nidia —saludó uno—. ¿Traes algún contrabandista?

—Que yo sepa, no.

—Lástima. Esto está muy aburrido.

La muchacha tendió los pasajes al afable guardia, que procedió a

contarlos mientras su compañero se dedicaba a contar los pasajeros que llenaban a medias el autocar.

—Dieciséis —dijo el que había contado los pasajeros.

—Aquí hay quince pasajes —dijo el otro—. Espera, los volveré a contar.

—No te molestes —dijo Nidia—; aquel señor no ha tenido tiempo de adquirir su pasaje, y ha dicho que pagará a la llegada.

El guardia la miró asombrado.

—Sabes que eso no puede hacerse. Nidia.

—Díselo a él.

Los dos guardias se acercaron al rubio, que sonrió y les tendió su pasaporte, diciendo:

Siento las molestias, pero debo llegar cuanto antes a Costana, y no tuve tiempo de comprar el pasaje.

Sin decir nada, uno de los guardias se hizo cargo del pasaporte. Lo abrió. La fotografía era del rubio. Lamont Ames, norteamericano. Treinta y dos años. Representante.

—Tendrá que apearse, señor.

—Oigan, los venezolanos me han dejado entrar en su país, y evidentemente, me han dejado pasar, un poco más arriba, hacia la salida. ¿Por qué no han de permitirme ustedes la entrada a Valdivia sólo porque me falta un pasaje?

—Tendrá que apearse, señor —repitió el otro, impávido.

Su compañero le tocó en un brazo y señaló hacia el exterior. Un automóvil casi tan viejo como el autocar acababa de detenerse cerca del puesto fronterizo, y dos hombres se apeaban de él. Dieron unos pasos hacia el autocar, y se detuvieron.

—Voy a ver qué quieren —dijo el que los había señalado.

—Lléales esto, a ver qué dicen.

Le tendió el pasaporte de Lamont Ames. El guardia saltó del autocar, y fue a reunirse con los dos recién llegados, que vestían de paisano. La atención de todos los pasajeros estaba fija en los tres hombres que conversaban a pleno sol. Lamont Ames encendió otro cigarrillo. Nidia Cortés lo miraba de reojo. La atención de todos se agudizó cuando el guardia regresó, con el pasaporte del norteamericano.

Se acercó a éste y se lo devolvió.

—Buen viaje, señor; bien venido a Valdivia.

—Gracias —sonrió Lamont Ames.

Los guardias descendieron, tras un intercambio de saludos amistosos con Nidia, que estaba entre intrigada y mosqueada. Muy bien, si la vigilancia civil dejaba entrar al yanqui allá ellos.

El autocar cruzó el puesto aduanal, y prosiguió su ruta por la aceptablemente asfaltada carretera hacia la capital de Valdivia. Nidia seguía mirando por el retrovisor hacia el norteamericano, y le vio una expresión nueva, en absoluto amable ahora. Tenía el ceño ligeramente fruncido, y los labios apretados. Le vio volver la cabeza, y entonces ella miró hacia la carretera que iba quedando atrás.

El automóvil de los de la vigilancia civil circulaba tras ellos, a unos doscientos metros. Volvió a mirar al yanqui, cuya expresión era casi sombría. ¿Qué le ocurría ahora? ¿No estaba satisfecho? ¿Qué más quería? ¿Que lo recibieran con flores?

«Me pregunto quién es —se dijo Nidia—, o mejor dicho, *qué* es. Porque si los de la vigilancia...».

—¡Nadie se mueva de sus asientos! —tronó la voz—. ¡Y pongan todos las manos sobre la cabeza!

CAPÍTULO II

La sobresaltada mirada de Nidia Cortés buscó en el espejo retrovisor al hombre que había dado las órdenes. Era el pasajero que había llegado en último lugar, cargado con una maleta. Había abierto ésta, y tenía en las manos una metralleta. Los dos hombres que habían llegado inmediatamente antes que él se habían acercado a la maleta, de la cual sacaron rápidamente dos pistolas. Uno de ellos se fue al fondo del autocar, y el otro fue a colocarse junto a Nidia.

—Pare —le ordenó, apuntándole a la cabeza con la pistola.

La muchacha tuvo un remoto pensamiento de rebeldía, pero comprendió que era absurdo y peligroso. Movi6 el volante, sacó el autocar de la carretera, bajo unos enormes árboles de copa plana, y frenó.

—Pare el motor, ponga las manos sobre la cabeza, y no se mueva de aquí —ordenó el hombre.

Nidia obedeció. Por el retrovisor vio al norteamericano en su asiento, con las manos en la cabeza. Más allá, en la carretera, el automóvil de los de la vigilancia civil se había detenido, también en el arcén, pero a pleno sol. ¡Qué raro! Dentro del autocar, las mujeres emitían gritos de sobresalto, y un par de pollos, sueltos ahora, alborotaban intentando volar y haciendo aquello de coc-coc,

pero con más furia. El calor era terrible.

—A ver —dijo el de la metralleta, apoyándose de espaldas en la ventanilla, y moviendo el arma hacia proa y popa del autocar—, empiencen todos a soltar su dinerito y sus joyas, no más. Por si no se han dado cuenta, esto es un atraco.

Nidia lo miraba atónita, siempre utilizando el espejo retrovisor. ¿Un atraco a un autocar con pollos, macacos y gente que ni siquiera

tenía coche propio? El coche de la vigilancia civil seguía parado en el mismo sitio. Las mujeres sollozaban.

—¡Vamos, vamos, sáquenlo todo! —gritó el que estaba al fondo del autocar.

—Usted también, rica —dijo el que estaba junto a Nidia.

—No llevo dinero —dijo ella.

—Oiga, nena —gruñó el hombre, asiéndola por la blusa con la mano izquierda, le he dicho...

Ya no dijo más. La liviana blusa se rasgó como si fuese de papel, con suave crujido, y los senos de Nidia Cortés aparecieron en todo su esplendor. Ella lanzó un grito de rabia, y cruzó las manos ante el pecho, mientras el hombre miraba estupefacto.

—¡Criminal! —gritó Nidia—. ¡Como vuelva a ponerme las manos encima...!

—¿Pues sabe que me están entrando ganas? —rió el hombre.

—Oye, Lage, deja a la chica y espabila —dijo el de la metralleta—. ¡No podemos pasarnos aquí todo el día! Venga, recoge las cosas de los demás. Y tú también, Vargas.

El llamado Lage atisbo por entre los dedos de Nidia, y comentó:

—Tiene unos pezones divinos, Carrizo.

—¡Haz lo que te digo!

—Bueno. ¡Pero tiene unos pezones divinos!

Nidia estaba roja de furia. Dejó de lanzar los asesinos rayos de sus ojos hacia Lage, y miró hacia el frente. De pronto, miró al retrovisor una vez más, pero el yanqui no la estaba mirando a ella. Su mano derecha seguía sobre la cabeza, pero con la izquierda se las había arreglado, a pesar del portafolios encadenado, para sacar la billetera, que sostenía bien a la vista.

El tal Carrizo seguía apoyado en la ventanilla. Lage y Vargas se encontraron casi en el centro del autocar, donde estaba su compañero, y, un asiento más atrás y al otro lado del vehículo, el norteamericano. Fue Lage quien tomó la billetera del rubio, y dijo:

—Venga, el maletín, o portafolios, o lo que sea.

—No contiene nada de valor. Soy correo diplomático, y...

—¡El portafolios! —gritó Lage.

—No puedo entregárselo —alzó un poco el brazo Lamont—, porque no tengo la llave de las esposas. Lo siento.

—¡Lo siente! —bufó Lage—. ¡Más lo va a sentir si no deja de

dárselas de listo y nos entrega el portafolios!

—Le he dicho que no puedo, señor.

—¡Pues ábralo!

—Tampoco puedo. Y sólo hay papeles que...

Lage masculló una maldición, se acercó más a Lamont Ames, y le descargó un bien controlado golpe con la pistola en un lado de la cabeza, por encima de la sien izquierda. La cabeza de Ames fue hacia atrás, salpicando gotas de sangre. El norteamericano pareció a punto de perder el conocimiento, pero consiguió erguirse de nuevo en el asiento y sacudir la cabeza, lanzando más gotas de sangre a su alrededor. Dentro del autocar, el silencio era ahora propio del temor a la muerte por parte de los demás pasajeros.

—¡Vamos, ábralo! —ordenó Vargas: ¡Mire que Lage tiene muy mala leche, amigo!

Lamont Ames volvió a sacudir la cabeza, y miró a Lage. Su mirada era incierta, mortecina, turbia. Desde la sien, un reluciente hilo de sangre que iba ensanchándose se deslizaba ahora hacia su mejilla, ramificándose, formando una roja telaraña que llegó hasta la boca y la barbilla.

—Sí —murmuró—. Lo voy... lo voy a abrir, no me peguen más... Tengo..., tengo la llave escondida... dentro del paraguas...

Señaló hacia la rejilla donde estaban la maleta y el paraguas. Vargas se metió entre los dos asientos, titubeó, se guardó la pistola en un bolsillo del pantalón, del lado opuesto al que se hallaba Lamont Ames, y estiró los brazos para agarrar el paraguas.

Recibió el derechazo, corto y seco, en plenos testículos. Fue un golpe tan brutal que, simplemente, Vargas palideció, cerró los ojos, y comenzó a caer como arrugándose..., mientras Lamont Ames se ponía velozmente en pie, girando el torso, lanzando hacia adelante su costado izquierdo, flexionado el brazo. El portafolios hendió el aire, y dio de lleno en el rostro de Lage una milésima de segundo antes de que éste disparase.

Cuando disparó, cayendo hacia los asientos del otro lado con la cara rota en varios puntos, la pistola escapó de su mano hacia el techo del vehículo, chocó allí, y cayó..., mientras Carrizo no se decidía a disparar, y Lamont, siguiendo su propio impulso, saltaba al centro del pasillo, donde cayó de bruces.

El estupor y el miedo, sobre todo el más puro miedo, mantenía

como paralizados a los demás pasajeros, incapaces de asimilar con la debida rapidez lo que estaba sucediendo, incapaces de seguir los movimientos del norteamericano. Carrizo bajó por fin la metralleta. No veía a Lamont, pero sabía dónde estaba, y si disparaba a través de los asientos...

Lanzó un grito cuando vio aparecer el ensangrentado rostro de Lamont Ames, y, junto a éste, la pistola de Lage. El disparo sonó como un cañonazo dentro del autocar. La bala dio en pleno corazón de Carrizo; pareció clavarlo contra el cristal, pero, ya perdida la fuerza dentro del cuerpo del hombre, éste reaccionó hacia delante, cayendo como un guiñapo soltando la metralleta.

—¡Arranque! —gritó Lamont, todavía de rodillas en el pasillo.

Nidia se había vuelto, sobresaltadísima. Sus desorbitados ojos se posaron en el norteamericano, que recogió la metralleta, la miró, y aulló:

—¿No me ha oído, boba? ¡Le he dicho que arranque!

Nidia puso en marcha el motor, y partió, carretera adelante, siguiendo la ruta hacia Costana, todavía a unos treinta y cinco kilómetros por lo menos.

Tras el autocar, el automóvil de la vigilancia civil circulaba ahora velozmente, dispuestos sus dos ocupantes a darle pronto alcance.

—No se detenga por nada —dijo Lamont, recogiendo la metralleta de Carrizo—. Y los demás, por favor, permanezcan en sus sitios, pero encogiéndose de modo que no puedan ser vistos desde afuera. Seguro que nos van a disparar.

Mágicas palabras. Las cabezas de los pasajeros desaparecieron entre los asientos. Dos pollos sueltos por el pasillo hacían coc-coc-coc, y el macaco, aferrado al respaldo de un asiento, chillaba enloquecido.

Vargas se estaba moviendo entre los dos asientos donde había caído arrugado. Lamont lo vio en el acto, se acercó a él, y, sin inmutarse por la súbita mirada de espanto del latino, le descargó un tremendo golpe en la cabeza con el cañón de la metralleta, fulminándolo de nuevo, y esta vez realmente en muy mal estado. Acto seguido le quitó la pistola, que, como la de Lage, se metió en la cintura. Lage yacía como muerto, con la cara convertida en un bollo pisado.

—¡Nos están alcanzando! —gritó Nidia.

Imperturbable, Lamont se acercó a ella, que, con ambas manos al volante, no podía ocuparse de cubrir sus senos. El yanqui sonrió simpáticamente.

—¿Sabe?, el tipo ese tiene razón, tiene usted unos pezones divinos.

Ella le miró un instante, aterrada. La marcha era casi violenta debido a la velocidad a que Nidia sometía al vehículo, poco acostumbrado a aquellas hazañas, y los senos brincaban y oscilaban deliciosamente.

—Sobre todo —dijo Lamont—, no piense nada más que en el volante, lo demás no existe para usted. Me parece que ya se ha dado cuenta de que esos dos sujetos que nos persiguen no son de la vigilancia civil, ¿verdad?

—No los había visto nunca —tartamudeó la muchacha—, pero como el automóvil sí es de los que suelen utilizar ellos...

—Ya. Eso mismo debieron pensar los guardias fronterizos. Bueno lo dicho: piense sólo en el volante, pues si volcamos van a pagar las consecuencias estas pobres gentes pacíficas. No se asuste por nada. Y cuando me oiga silbar reduzca todo cuanto pueda la velocidad, de pronto.

—Pero...

—Ya me ha oído.

Lamont se acercó a una de las ventanillas desocupada, y se asomó cautamente, mostrando por delante la metralleta, siempre colgando de su muñeca izquierda el portafolios por medio de la cadena... Desde la ventanilla delantera derecha del automóvil uno de los sujetos disparó tres o cuatro veces con una pistola. Una de las balas pasó relativamente cerca de la cabeza de Lamont, otra dio en el amplio cristal zaguero del autocar, pero rebotó.

—Chocante —dijo Lamont.

Emitió un silbido, ya bien incrustado en el hueco de la ventanilla. Nidia metió el pie en el freno, y el autocar redujo tan de pronto la velocidad que hubo en todo su interior un revoltillo de pollos, cestas y pasajeros, mientras el macaco enloquecía definitivamente.

El automóvil se encontró, de pronto, mucho más cerca del autocar de lo que su conductor tenía previsto. Por un instante,

Lamont Ames vio el rostro crispado del hombre a través del parabrisas.

Entonces, disparó la ráfaga.

El automóvil perseguidor describió una larga ése, todavía lanzado a buena velocidad; la suficiente para que en un momento dado estuviese junto al autocar, en su lado izquierdo. Lamont vio la cara del sujeto que había estado disparando contra el autocar. El hombre se había olvidado de la pistola, que seguramente había perdido, y se agarraba frenéticamente con ambas manos adonde podía, mientras su desorbitada mirada se fijaba un instante en Lamont Ames.

Éste le guiñó un ojo, y dijo:

—Recuerdos a los ángeles.

Sabía por qué lo decía. El automóvil tenía reventada la rueda delantera izquierda, y, tras la larga ése, terminó como era de esperar: volcando fuertemente hacia la izquierda cuando el conductor insistió en girar hacia la derecha para mantenerse en la carretera.

Dio una vuelta, otra, otra más, saltó disparado de la carretera, rebotó, se incendió, dio otra vuelta, y quedó ruedas arriba, envuelto en fuego y humo.

Lamont apretó los labios, y se retiró de la ventanilla, acercándose calmosamente a Nidia.

—Pare aquí mismo.

La muchacha obedeció, y en seguida se volvió a mirar la nube de negro humo que ascendía hacia el cielo unos doscientos metros más atrás.

—Dios mío —gimió.

Lamont se volvió hacia el centro del autocar.

—Damas y caballeros, fin de trayecto; tengan la bondad de apearse todos.

Comenzaron a aparecer cabezas. Asustados, asombrados ojos contemplaron al norteamericano, que tenía todavía la metralleta en la diestra, indiferente a la sangre que manchaba todo un lado de su rostro.

—Vamos, vamos, quiero que todos se apeen inmediatamente. Recojan sus cosas si quieren, pero abandonen el autocar.

—¡Usted no tiene derecho a hacer eso! —exclamó Nidia.

—Lo sé. Y pido disculpas a todos por ello. Pero por si le interesa a alguien diré que es más posible que haya más gente como ésta esperando carretera adelante a sus compinches, y que entonces todo podría terminar peor para todos. En cambio, si se apean en este lugar podrán ser recogidos por algún camión, o vistos por el conductor de algún vehículo que avisará a Costana para que vengan a por ustedes.

No hacía falta decir tanto, porque los pasajeros se movían ya apresuradamente por el autocar, recogiendo sus paquetes, maletas, pollos, billeteras, y demás objetos que yacían desparramados por todas partes. En menos de medio minuto todos tenían sus cosas, más o menos, y comenzaban a salir del autocar.

—Usted también —dijo Lamont, mirando a Nidia.

—¡Éste es mi autocar! —Respingó ella, que intentaba con escaso éxito tapar sus preciosos senos—. ¡No lo abandonaré!

—No se trata de abandonarlo; yo me lo voy a llevar. Pero lo recuperará usted, se lo aseguro.

—¡No voy a abandonar *mi* autocar!

—Como usted quiera, capitán de barco —sonrió Lamont—. Por mí no hay inconveniente. Al contrario, seguirá conduciendo, lo que me permitirá a mí dedicarme a otras cosas. Arranque en cuanto esta gente se haya apeado.

Esto no demoró ni siquiera medio minuto más. A un lado de la carretera quedaron pasajeros, pollos y paquetes. Nidia reanudó la marcha, diciendo:

—Cuando lleguemos a Costana esto que usted ha hecho no...

—No vamos a Costana. Salga de la carretera en cuanto pueda, y navegue hacia el Oeste.

—¡Hacia el Oeste sólo hay montañas!

—¿Qué le pasa a usted? ¿Sólo sabe conducir por pistas para principiantes?

—¡Nos vamos a cargar el autocar!

—Pida uno nuevo a la compañía. Todo eso que saldrá ganando. ¿Cómo se llama usted? Nidia... ¿qué más?

—Nidia Cortés.

—Bueno, señorita Cortés, haga lo que le he dicho, eso es todo. Pero espere un poco. No quiero que nadie vea que abandonamos la carretera. Es algo así como abandonar la bahía y salir a mar abierto,

¿no le parece, mi capitán?

Se desentendió de la muchacha, y se acercó al centro del vehículo, donde yacían los tres sujetos llamados Lage, Vargas y Carrizo. Éste estaba muerto y bien muerto. Lage y Vargas comenzaban a dar leves señales de vida. Su aspecto era trágico. A Lage ya no podría arreglarle la cara ni el mejor cirujano plástico del mundo. Vargas había salido mejor librado, en definitiva.

Pero de momento eso no le resultó favorable. Lamont lo sentó en el pasillo, apoyado en el brazo de uno de los asientos, y acto seguido acabó de despertarlo de dos bofetones que resonaron como pistoletazos. Vargas comenzó a chillar, pero enmudeció cuando se dio cuenta de que la boca de la metralleta se hundía en su garganta.

—Te diré una cosa, pichón —deslizó amablemente Lamont—, matarte o no matarte es algo que me tiene sin cuidado. Y lo haré si no contestas a mis preguntas. ¿Me has oído bien? ¿Me has entendido?

Vargas se las arregló para afirmar con un gesto. Lamont también asintió.

—Muy bien. Tienes cara de mono recién afeitado, pero tu inteligencia se aproxima a la del mono. Te voy a dar la oportunidad de mostrarlo. ¿Cómo sabíais que yo llegaba a Valdivia e incluso mi horario y hasta mi itinerario?

—Salinas... Salinas nos lo dijo.

—Ah, Salinas. ¿Y quién es Salinas?

—Es el... El lugarteniente de Hugo Kiewitz.

—¿Kiewitz, el mercenario?

—Sí, sí.

—Ya. ¿Y quién se lo dijo a Kiewitz?

—No lo sé... ¡Le juro que no lo sé!

—No te pongas nervioso. Algo sabrás.

—¡Sólo sé que alguien de la capital se lo dijo a Hugo, eso es todo lo que sé, es todo!

—Alguien de la capital. ¿Seguro que no sabes quién fue?

—Seguro, sí.

—¿Lo sabe Lage, tal vez?

—No, no. Ninguno de nosotros sabe eso... Obedecíamos las instrucciones de Salinas, eso..., eso es todo.

—De acuerdo. ¿Dónde puedo encontrar a Salinas? Y como me

digas que no lo sabes te arranco los huevos a mordiscos, Varguitas.

—Está... o estaba... Bueno, suele ir por el bar Cuzco, en San Lorenzo... ¡Sólo de cuando en cuando!

—Muy bien. Me pregunto qué...

El autocar dio de pronto un tremendo bote. Vargas y Ames saltaron, y se dieron de cara fuertemente. Vargas lanzó un chillido, y sus dos manos asieron el cañón de la metralleta, que se había apartado de su garganta. Durante un par de segundos el forcejeo fue tremendo, intensísimo, entre los dos hombres intentando hacerse con la metralleta. El que antes la soltase era hombre muerto. Y parecía que no había allí más solución que la bruta fuerza física para decidir quién iba a ser el ganador.

Sólo lo parecía.

Pero los recursos del señor Ames eran infinitamente superiores a los de Vargas. Cuestión de entreno, o tal vez cuestión de mala leche. Como fuese, Lamont decidió la cuestión de modo harto sorprendente y doloroso para Vargas: le golpeó de pronto con la frente en plena nariz. Vargas lanzó un aullido, y volvió a gritar, ya sus ojos llenos de lágrimas, cuando recibió el segundo testarazo, que acabó de partirle la nariz y provocó un chorro de sangre. Vargas aflojó su presa en la metralleta, Lamont la recuperó de un tirón, y golpeó con el cañón sobre el pómulo izquierdo de Vargas, de lado. Vargas puso los ojos en blanco, y pareció desinflarse, quedando tendido en el pasillo.

Lamont se agarró a uno de los asientos, intentó ponerse en pie, se dio de cara contra el asiento, terminó de ponerse en pie, y casi salió disparado por una ventanilla cuando el autocar dio otro bandazo.

—¡Maldita sea! —aulló el yanqui—. ¿Qué demonios está haciendo?

—¡Hemos salido de la bahía! —gritó Nidia.

Agarrándose como pudo a los asientos, Lamont llegó junto a ella, que le miró siempre con los ojos muy abiertos. El autocar «navegaba» ahora por un terreno pedregoso y desigual. Parecía totalmente como una gran sucesión de olas de piedra.

—¿Se las da de graciosa? —vociferó Ames.

—¿Qué quiere que haga? ¡Usted me lo ordenó!

—¡Conduzca con más cuidado!

—¡Hágalo usted, si cree que puede conseguirlo!

Lamont comenzó a refunfuñar, mirando hacia delante. Ante ellos aparecía aquel oleaje de piedras, y no muy lejos se divisaban algunas montañas de escasa altura, tras las cuales estaban las mucho más altas, que parecían perderse en una neblina roja de sol. Tras el autocar se veía una nube de polvo, que cada vez era más reducida, al ir adentrándose en el terreno pedregoso.

—Bueno, vamos a tomárnoslo con calma, señorita Cortés. Vea si encuentra un terreno menos violento que éste.

—Por aquí, no. Olvídelo.

—¡Pues conduzca con más cuidado! ¿Qué pretende? ¿Qué perfore el techo de su mierdoso autocar con mi cabeza?

—¡Déjeme en paz!

Lamont aspiró hondo, y señaló hacia delante.

—Vaya hacia aquellas montañas. Seguro que en ellas encontramos algún paso aceptable para este barquichuelo.

—Usted no sabe lo que dice.

—¡Conduzca hacia esas montañas!

—¡No me grite!

Y de pronto, Nidia Cortés rompió a llorar. Lamont la contempló estupefacto un instante. Acto seguido farfulló algo, y por fin puso una mano en el hombro de la muchacha.

—Mire, será mejor que pare, y que yo me ponga al volante. Siéntese en cualquier sitio, y tranquilícese. ¿Sabe dónde está San Lorenzo? ¡Y no me diga que en el cielo!

—Está hacia el Sudoeste.

—Ah, perfecto. Vaya a sentarse por ahí. La avisaré cuando me parezca conveniente que usted vuelva al volante.

CAPÍTULO III

—Bueno, ya está —dijo Lamont.

Sentada cerca de él a su espalda, Nidia le miró con los ojos rebosantes de furia. Había oído perfectamente el seco crujido bajo el piso del vehículo, y sabía perfectamente lo que significaba.

—¿Ya está? —gritó—. ¡Se ha roto el eje!

—Eso he querido decir —se volvió Lamont hacia ella, sonriente—. Parece que tendremos que abandonar el barco, después de todo, mi capitán.

—¿Abandonar el autocar? —exclamó incrédulamente Nidia—. ¿Y adonde iremos?

Era una buena pregunta. Lamont Ames miró alrededor. Estaban entre dos montañas, como tragados en el angosto desfiladero. Alrededor de ellos sólo había eso: montañas, montañas, montañas.

—¿A qué distancia estamos de San Lorenzo? —preguntó.

—A cincuenta kilómetros, más o menos.

—¿Y de Costana?

—Unos cuarenta y cinco hacia el Sudoeste.

—¡Fiu! —Silbó Ames—. Bueno, ¿hacia dónde sugiere que vayamos?

—¿A pie?

—Ninguno de los dos tenemos alas, ¿verdad? ¡Claro que a pie!

—Usted está loco.

Durante unos segundos Lamont estuvo mirando pensativamente a la muchacha. Preciosa. Se las estaba arreglando más o menos para ocultar sus senos, ahora. Lamont se puso en pie, fue adonde estaba su maleta caída en el suelo, y la colocó en un asiento. La abrió, sacó una camisa, y se la tendió a Nidia.

—Póngasela. No es momento de que me entren malas

tentaciones viendo sus divinos pezones.

Sin más, se acercó a Vargas y Lage, a cuál en peor estado, pese a lo cual procedió a atarlos de pies y manos utilizando jirones de sus propias ropas, cordones de zapatos, y corbatas: todo lo que encontró. La operación le pareció satisfactoria, y se dispuso a bajar del autocar, tras recoger su paraguas, que limpió cuidadosamente.

Miró a Nidia, que ya con su camisa puesta, le miraba con gran expectación.

—¿Cuánto calcula que tardará en anochecer? —preguntó Lamont.

—Todavía una hora, quizá. Pero cuando empiece, en pocos minutos será de noche.

—Sí, ya sé: el trópico. Bajó del autocar, y comenzó a mirar hacia el cielo. Había cosas que caían por su propio peso: si habían decidido cazarlo, no se darían por vencidos. La cuestión era cuánto tardarían en saber que él había escapado a la primera encerrona y que no había seguido el viaje en autocar hacia Costana por carretera..., donde sin duda, en algún punto de ésta, alguien debía estar esperando a Lage y los otros. O en la carretera misma, o cerca de ésta.

¿Qué harían los compinches de Carrizo, Lage y Vargas en cuanto comprendieran que algo había salido mal? Pues, naturalmente, tomarían cartas en el asunto. Y si disponían de un helicóptero, malo; el autocar se vería desde el cielo con toda facilidad.

Se asomó dentro del vehículo.

—Será mejor que baje, señorita Cortés.

—No.

Lamont subió al vehículo, cerró su maleta, tras meter en ella las pistolas de Lage y Vargas, y la asió. De su cuello colgaba la metralleta de Carrizo, y bajo la axila izquierda llevaba el paraguas.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Cortés.

—¿Qué..., qué dice? —jadeó Nidia.

—Que me voy. Espero tener la suerte de volver a verla en circunstancias más...

—¡No puede marcharse! ¡No puede dejarme sola aquí, con..., con estos hombres...!

—No podrán perjudicarla. Uno está muerto, y los otros dos, además de estar muy mal, no pueden ni moverse.

—¡No puede dejarme sola!

—Sí puedo —sonrió Lamont.

Bajó del autocar. Vio a Nidia mirándole por una ventanilla.

—¿Qué tal si me da su número de teléfono en Costana? —preguntó.

Ella lanzó una exclamación, y se apresuró a bajar del vehículo.

—Es una locura marcharse —dijo—. Hace mucho frío por las montañas durante la noche, y además, no llegará a ninguna parte. Se le romperán los zapatos, se perderá, se...

—Buenos, son riesgos menores si lo comparamos con la posibilidad de que llegue aquí un helicóptero cargado de hombres dispuestos a matarme.

Ella se quedó mirándole como hipnotizada. El aspecto de Lamont Ames no era tan agradable como cuando lo vio en el aeropuerto de San Cristóbal. La sangre se había secado en su rostro, y tenía también costras en las manos.

—¿Por qué quieren matarle?

—Adiós, jovencita.

Echó a andar. Nidia vaciló, y de pronto corrió tras él y se puso a caminar a su lado.

—¿Quiere que le ayude a llevar algo? —murmuró.

—Sí, por favor; el paraguas. Me molesta tener que ir con el brazo apretado contra el costado.

Nidia se mordió los labios, se hizo cargo del paraguas, y continuaron la marcha. Lamont se dirigía hacia el fondo del desfiladero, buscando siempre los lugares más pedregosos. Nidia protestó un par de veces, pero él no le hizo caso.

Era ya casi de noche cuando, en la ladera de una montaña, Lamont Ames encontró una pequeña gruta, en la que entró. Se volvió al darse cuenta de que Nidia permanecía afuera.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Puede haber algún animal ahí dentro.

—Tal vez, pero saldrá corriendo en cuanto nos huela o vea. ¿Y sabe por qué? Pues porque hasta el animal más tonto del mundo sabe que por peligroso que él sea el hombre lo es más todavía. Sí, todos los animales del mundo han aprendido eso.

Entró unos pasos más, dejó caer la maleta y descolgó de su cuello la metralleta. Se sentó y se quitó los zapatos. Afuera, el

crepúsculo, rojo como un incendio, se cerraba velozmente en noche. La muchacha acabó por entrar en la gruta.

—¿Qué haremos aquí? —preguntó.

—Esperar un nuevo y esplendoroso día y seguir hacia San Lorenzo. Deme el paraguas.

Nidia se lo tendió. Lamont lo abrió, retiró una minúscula llave metida en una invisible ranura del mástil, y con ella abrió la esposa que rodeaba su muñeca izquierda. Dejó el maletín a un lado, y se frotó la muñeca.

—Qué idiotez —masculló—. Todo habría sido igual aunque no hubiera llevado esta maldita cadena. Me hacía sentirme como un lulú. ¿Sabe lo que es un lulú?

—Un perro de lujo.

—Sí, más o menos. Aunque yo no soy precisamente de lujo.

—Usted... ha matado a varios hombres.

—Y usted conduce un autocar.

—¿Quiere decir... que su trabajo es... matar? ¿Como el mío es conducir un autocar?

—Bueno, no exactamente. Pero en mi trabajo, o se aprenden esta clase de cosas o le envían a uno al encuentro de los ángeles... ¿Sabe lo que quiero decir?

—Que o mata o le matan.

—Es usted una chica inteligente. Además de bonita. De veras. — Sus pechos son preciosos. Maldita sea, ¡cómo me duelen los pies! ¿A usted no le duelen?

—Sí.

—Pues siéntese y quítese esas zapatillas. Me parece que lo ha estado pasando peor que yo con esta caminata.

—¿Me habrían matado a mí los del helicóptero si me hubieran encontrado en el autocar?

—Lo seguro es que no lo habría pasado nada bien con ellos. Venga, venga, traiga aquí esos pies.

Nidia se había sentado y descalzado. Lamont agarró uno de sus pies, y comenzó a darle masaje. Ella se quedó mirándolo turbada.

—Puedo hacerlo yo —murmuró.

—Yo sé hacerlo mejor.

—Usted todo lo hace bien, ¿verdad?

—Lo intento. O eso o...

—Ya sé. Lo envían al encuentro de los ángeles. ¿Qué clase de hombre es usted?

—Muy simpático —sonrió Lamont; acercó su rostro al pie de Nidia, y lo besó—. ¿A que sí?

—¡No haga tonterías!

—¿Prefiere que la bese en la boca? ¿O en otro sitio?

Ella no contestó. Lamont terminó de darle masaje en un pie, y se dedicó al otro. Los dos permanecieron en silencio unos minutos. La noche llegó bruscamente. Lamont dejó el pie de Nidia, y señaló hacia el exterior.

—Atiza —dijo—. ¡Si tienen ustedes hasta luna!

—¿Qué ha venido a hacer usted a Valdivia?

—Traigo cinco millones de dólares —señaló Lamont el portafolios, apenas una mancha a la luz de la luna.

—¿Sí? Pues mejor sería que trajera algo de comida. Tengo hambre. Y sed.

—Intentaremos arreglar eso. No se mueva de aquí.

—¿Adónde va? —exclamó Nidia, poniéndose en pie.

—Póngase sus tontas zapatillas y espere aquí.

Salió de la gruta, llevándose el paraguas. Regresó casi veinte minutos más tarde, con el paraguas abierto. La luz de la luna penetraba ahora más hacia el fondo de la gruta. Podían verse perfectamente. Lamont depositó el paraguas ante Nidia, con la empuñadura hacia arriba. La muchacha se quedó mirando atónita el agua que contenía el paraguas.

—Al menos podremos beber. Pero de comida nada. De todos modos, si quiere bañarse hay un manantial sorprendente cerca de aquí. Me apuesto cualquier cosa a que ha intentado abrir mi portafolios.

—No... No.

—¿No?

—Bueno, sí.

—No vuelva a intentarlo, se lo aconsejo. Sería fatal para usted que lo consiguiera. Saltaría en pedazos.

—¿Es usted un espía?

—Aproximadamente.

—¿Para qué trae cinco millones de dólares?

—Para comprar *souvenirs*.

Abrió su maleta, sacó una chaqueta, y ayudó a Nidia a ponérsela. Realmente, la noche iba refrescando. Lamont se sentó frente a ella, y le ofreció un cigarrillo, que Nidia rechazó con un gesto. Él encendió uno. Se había limpiado la sangre de las manos y del rostro en el manantial, y volvía a estar más bien presentable.

—Si hay algo que detesto en la vida —masculló de pronto Lamont— son los traidores.

—¿Le han traicionado a usted?

—Claro. ¿Le parece que soy tan bobo como para hacerme notar viajando sin pasaje en su autocar?

—No comprendo.

—Pues se lo explicaré. Yo sabía perfectamente lo de los pasajes, porque unos amigos de aquí, de Valdivia, me lo dijeron. Y sobre eso montamos mi llegada a Valdivia. Yo debía viajar sin pasaje en el autocar, y cuando en la frontera sus guardias me hicieran bajar para retenerme e interrogarme, aparecerían unos muchachos de la vigilancia civil que se harían cargo de mí. De este modo yo habría llegado a Valdivia, pero no a la capital, Costana, sino que me habrían llevado a otro lugar convenido, desde donde iniciaría mi trabajo relacionado con los cinco millones de dólares. ¿Me sigue?

—Sí.

—Perfecto. Así que llegué a la frontera, los guardias me pidieron que me apease, y cuando vi el coche con los otros dos pensé que todo era perfecto. Por eso, cuando me devolvieron el pasaporte y me dijeron que podía seguir comprendí que algo iba mal. El automóvil nos estuvo siguiendo, esperando la acción de los tres atracadores. No eran tales, pero querían dar la sensación de que no les interesaba yo de modo especial...

—¿Para que nadie sospechase que ellos sabían todo lo referente a usted?

—¡Exacto! Ellos tenían que quitarme el portafolios y matarme simulando que tenían algún ataque por mi parte. O bien, si realmente no podía abrir el portafolios en el autocar. Llevarme con ellos y matarme de todos modos. Por eso nos seguía el automóvil; para recoger a los tres sujetos solos, o a los tres y a mí. Total, que todo habría terminado como un atraco vulgar y corriente en el que un pasajero, «casualmente», había resultado especial. Y de este modo, nadie podría pensar que era una operación perfectamente

montada contra mí basada en informes de algún traidor que me había delatado. Simple casualidad, ¿comprende?

—Sí. Pero aquel automóvil... era de la vigilancia civil. O sea, que los dos hombres que iban en él...

—Gente como Lage y los otros dos. En cuanto a los dos auténticos agentes de la vigilancia civil, mucho me temo que ya han acudido al encuentro de los ángeles.

—¿Quiere decir... que los mataron para quitarles el coche y hacerse pasar por ellos?

—Señorita Cortés, su mente es limpia y lúcida como la hermosa luz de la luna valdiviana.

—Dios mío, entonces... ¡los asesinaron!

—Eso me temo. Y claro está, todo demuestra que alguien muy allegado a las pocas personas que sabían que yo iba a llegar con cinco millones de dólares ha cometido traición.

—¿Y quiénes..., quiénes sabían... que usted iba a llegar?

—Buena pregunta, muy buena. Que yo sepa, sólo debía conocer mi llegada el señor Milton Martínez, y, naturalmente, su servicio secreto de máxima confianza, al frente del cual, ¡pásmese!, creo que está una mujer. Pero claro, además de Milton Martínez y esa mujer que dirige el servicio secreto y por tanto la vigilancia civil, se ha enterado alguien más... que nos está traicionando a todos, con tal de que esos cinco millones de dólares no lleguen a su destino.

—¿Qué destino?

—¡Caramba, usted quiere saber demasiado! —rió Lamont.

—Me parece que ya me ha dicho bastante. Y naturalmente, el señor Milton Martínez que usted ha mencionado es nuestro presidente, El Presidente de Valdivia.

—Naturalmente. ¿Acaso conoce otro Milton Martínez?

—No... No. ¿El dinero no es para él?

—Claro que no. Aunque fue él quien lo pidió, quien pidió nuestra ayuda.

—¿A la CIA?

—Ah, de modo que piensa que soy de la CIA, ¿eh?

—¿No lo es?

—Digamos que el señor Milton Martínez pidió ayuda a unos amigos. ¡Y no me haga más preguntas, jolines! ¿Acaso no le he dicho ya demasiadas cosas?

—Sí, es cierto. Y me pregunto por qué. Me pregunto por qué un hombre como usted, un... espía o algo parecido, que sabe salir de grandes apuros, y que sin duda es listo y desconfiado, me está contando a mí esa parte del asunto. ¿Por qué?

—Oiga, de veras, es usted lista. Le diré por qué. Porque voy a necesitar ayuda extraoficial, y considerando que las personas que sabían mi llegada no son de confianza, y que no conozco en este país a nadie salvo usted..., ¿a quién puedo recurrir en busca de ayuda?

—¿A mí? —exclamó Nidia, pasmada.

—Bueno, usted conoce el país, ¿no? Y con seguridad no desea que en Valdivia ocurra nada malo, ¿verdad?

—Claro. Pero ¿de qué está usted hablando? ¿Qué puede ocurrir de malo en Valdivia?

—¿Qué le parece, por ejemplo, la muerte de cien o doscientas mil personas? —murmuró Lamont Ames.

CAPÍTULO IV

Abrió los ojos, y en alguna parte vio resplandor de día. Estuvo unos segundos inmóvil, recordando. Sentía calor en la mejilla derecha. Estaba apoyada sobre algo tibio. Vio un brazo izquierdo desapareciendo bajo una chaqueta.

La comprensión fue llegando lentamente. Estaba tendida en el suelo, abrazada al norteamericano, apoyando el rostro en su pecho y abrazándolo por debajo de la chaqueta. Comenzó a separarse, despacio para no despertarlo, pero cuando miró el rostro de Lamont Ames, éste, despierto bastante antes que ella, le sonrió.

—Feliz luna de miel —dijo Ames.

—¿Qué...?

—Hemos pasado la noche solos en las montañas, haciendo el amor a la desesperada, ¿no?

—¡Claro que no! —exclamó ella, apartándose y sentándose.

Lamont también se sentó entonces, y torció el gesto.

—Me pareció que podría convencerla de que habíamos hecho el amor.

—¡No diga tonterías!

—Bueno, pero sepa que, al menos, le he acariciado los pechos mientras dormía. ¿Eso la hace enfadar?

Nidia sonrió de pronto.

—Estoy segura de que no ha hecho semejante cosa —dijo, firmemente convencida.

—Se equivoca. Y me ha gustado mucho. Así que... ¿cuándo va a darme su número de teléfono en Costana?

—Es el

68 20 32

—rió Nidia.

—Perfecto. Hace poco que ha amanecido. Creo que debemos ponernos en marcha. No podemos hacer otra cosa, Nidia.

—Está bien.

Se pusieron en pie, recogieron todo, y Lamont vertió la poca agua que quedó en el paraguas. Tras beber un poco ambos. Pronto haría calor, de modo que Nidia se quedó en mangas de camisa, devolviendo la chaqueta a Lamont, que la guardó en la maleta. Nidia miró alrededor, y preguntó:

—¿Dónde está el maletín con el dinero?

—En alguna parte debe estar —sonrió Lamont Ames—. Si estás preparada, nos vamos.

—Saldré dentro de un minuto.

—Oh, bien —rió el yanqui—. Mientras tú lo haces aquí dentro yo lo haré ahí fuera.

Salió, buscó un lugar adecuado, y se puso a orinar, sonriendo. Pero su sonrisa se truncó de pronto al ver montaña abajo las pequeñas figuras que avanzaban a la roja luz del sol. Terminó su evacuación, y se asomó a la gruta. Nidia lanzó una exclamación, y se apresuró a terminar de subirse los pantalones.

—No podemos salir —dijo Lamont—. Hay gente por ahí abajo. Y llevan armas. Rifles.

—Si nos quedamos aquí quizá nos encuentren —exclamó ella.

—Sí... Me temo que eso es más que posible.

Quedó pensativo, preocupado. En efecto, había visto destellar a la luz del sol los cañones de los rifles. ¿Rifles? Sin decir nada más, Lamont salió de nuevo de la gruta, buscó un observatorio, y se dedicó a mirar las pequeñas figuras que se iban acercando, por la base de la montaña. Rifles. Y uniformados. Soldados.

¿Otra encerrona? Le pareció excesivo. Y por supuesto, si había soldados significaba que los amigos de Carrizo, Lage y Vargas se habrían apresurado a despejar el terreno. Contó no menos de veinte soldados. Muy poco después, aparecieron dos *jeeps* dando saltos por entre las dos montañas, abajo de todo.

Nidia llegó y se colocó a su lado, miró hacia los hombres que avanzaban por abajo, y dijo:

—¡Son soldados!

—Eso parece —asintió Lamont.

Ella le miró, y no dijo nada más. Los soldados y los *jeeps* seguían

avanzando. Media docena de soldados subían ahora en sentido diagonal por la ladera de la montaña. Un rumor comenzó a oírse retumbando suavemente entre las montañas. Nidia miró a Lamont, que dijo:

—Se acerca un helicóptero.

El helicóptero apareció a los pocos segundos, lanzando destellos, y descendió hacia el valle, acercándose a los *jeeps*, que circulaban lentamente, como barcas sobre el oleaje. Se detuvieron, y el helicóptero descendió. Un soldado con gorra de plato saltó de uno de los *jeeps*. Un oficial, comprendió Lamont.

—Nos van a encontrar —susurró Nidia.

El helicóptero tomó tierra, y en seguida una mujer saltó de él. Lamont suspiró, y contestó entonces al comentario de Nidia:

—Ya no importa. Todo va bien.

Se puso en pie, se adelantó para que pudieran verle bien, y comenzó a gritar y a mover los brazos. Inicialmente hubo una desbandada entre los soldados, todos desaparecieron, pegándose al terreno. Pero la voz femenina, nítida, llegó desde abajo perfectamente audible, un tanto forzada:

—¿Señor Ames?

—¡Sí! ¡Aquí estoy!

—¡Venga aquí! ¡Hará el resto del viaje en helicóptero!

Lamont asintió, tendió la mano a Nidia, y ambos emprendieron el descenso. Pronto pasaron entre los soldados, que los contemplaron con curiosidad y algo de irritación. Cuando llegaron abajo, la mujer que había hablado acudió a su encuentro, entre sonriente y preocupada, tendiendo la mano.

—Me alegro mucho de encontrarlo... en perfectas condiciones, señor Ames.

—Gracias. Supongo que es usted Marta Diosdado.

—En efecto.

—Estupendo. Bueno, le presento a la señorita Nidia Cortés, conductora del autocar de la Agencia Carmena, o algo, así. Nidia, ella es la señorita Diosdado, jefe del servicio secreto o algo así de Valdivia.

—Hola —murmuró Nidia, mirando hoscamente a Marta.

—Por fortuna, está usted bien —dijo Marta—. Naturalmente, también la estábamos buscando.

—Pues aquí estoy.

Lamont miraba de reojo, con cierta guasa, a Nidia. Quizá su actitud un tanto hosca se debiera precisamente a la señorita Diosdado, alta, rubia, de ojos azul gris, joven, preciosa y vestida con un bonito vestido de tarde, escotado y ligero. El vestido que sin duda llevaba cuando, la tarde anterior, se enteró de lo sucedido y se puso inmediatamente en movimiento. Al menos, no se le podía negar decisión e interés.

—Sí, ya la veo —decía Marta, sonriendo—. Bueno, supongo que no lo han pasado muy bien esta noche. ¿Tienen hambre?

—Más bien si —asintió Lamont—. Mis cosas están ahí arriba, en una pequeña gruta.

—Según parece, no todas —dijo Marta, señalando la metralleta suspendida del cuello de Lamont—. Enviaremos un par de soldados a por ellas. Vayan al helicóptero, me reuniré en seguida con ustedes.

Lamont y Nidia subieron al helicóptero, donde el operador de radio, sentado junto al piloto, se volvió hacia ellos y señaló un macuto, sonriendo.

—Ahí tienen agua y comida. Temíamos que tardaríamos más en encontrarlos.

Lamont encogió los hombros, se sentó en el piso del aparato, abrió el macuto, y comenzó a repartir la comida con Nidia en cuanto ésta se sentó a su lado. Estaban ya más tranquilos y casi satisfechos cuando Marta Diosdado se reunió con ellos. Los dos soldados que habían ido a por las cosas de Lamont colocaron éstas en el helicóptero.

—¿Todo está aquí, señor Ames? —Le miró significativamente Marta.

—Todo lo que ha de estar aquí, está —dijo Lamont.

—En ese caso, lo mejor será que nosotros nos marchemos de aquí ahora mismo. Ya le he dado instrucciones al capitán Álvarez.

—Me parece bien. ¿Adónde vamos?

—Al lugar adonde tenía que haber sido llevado ayer, claro está. Llamaremos por la radio para informar de que ha sido hallado sano y salvo. Nos tenía a todos muy preocupados... Ha sido todo muy lamentable.

—Y absurdo —deslizó suavemente Lamont—. ¿Cómo se nos

podía ocurrir que unos simples atracadores de vía estrecha pudieran estropearlo todo?

—Sí, absurdo —asintió Marta.

Nidia había mirado sorprendida a Lamont, pero en seguida comprendió, y no dijo nada. Marta Diosdado dio unas instrucciones al operador de radio y al piloto. El helicóptero se elevó. El operador de radio pasó el mensaje indicado por Marta.

Lamont lo explicó, aunque siempre insistiendo en que los cinco hombres que habían intervenido en la operación eran atracadores. Cuando terminó la explicación, Marta comentó:

—Tal vez debió usted seguir hacia Costana, señor Ames, en lugar de perderse por estas montañas.

—Pensé que más adelante podía haber compinches de aquellos tipos, y comprenderá que llevando lo que llevaba no podía correr riesgos de un segundo encuentro menos afortunado.

—Sí, lo comprendo. Su decisión fue prudente. Bueno, encontramos el autocar apenas amaneció, y los dos hombres que había en él han sido llevados al hospital militar... Están casi muertos, dos de ellos.

—¿Y los del automóvil?

—Murieron los dos.

—Supongo que asesinaron a los dos de la vigilancia civil que debían recogerme.

—Sí —murmuró Marta—, lo hicieron. Francamente, señor Ames, a mí me parece una operación demasiado minuciosa y bien preparada para unos atracadores, para unos ladrones de bolsillos.

—A mi también —asintió Lamont—, pero así son las cosas.

Marta Diosdado se quedó mirando el corte inflamado en la cabeza de Lamont, y movió la cabeza con gesto de pesar.

—Siento mucho lo ocurrido. Por supuesto, en cuanto lleguemos a destino será atendido por un médico.

—No es nada —encogió los hombros Lamont—. Nada. Bueno, un chichón y un corte. Se curarán solos.

—Seguramente, pero de todos modos será atendido. ¿Dónde quiere que la dejemos, señorita Cortés? Podemos avisar para que un automóvil nos espere, y la lleve desde un sitio discreto hasta donde usted guste.

—Prefiero que ella venga conmigo —dijo Lamont.

—¿Por qué? —se sorprendió Marta—. La señorita Cortés no tiene nada que ver con esto, y lo mejor...

—Prefiero que venga conmigo.

—Está bien... por el momento. Pero ella no podrá ver a las mismas personas que usted, señor Ames.

—De acuerdo.

* * *

El presidente de Valdivia, Milton Martínez, acudió al encuentro de Lamont Ames cuando éste entró en la salita de la pequeña casa campestre situada a unos veinte kilómetros al Este de Costana... Poco antes, desde una ventana, Milton Martínez había presenciado la llegada del helicóptero, y había visto a las personas que llegaban en él. A Marta la conocía sobradamente, y la otra mujer no le mereció demasiado interés, el cual se centró en el alto y rubio norteamericano, que había merecido un comentario por parte de su secretario y amigo de toda confianza, Jofre Orozco:

—Es demasiado llamativo, tan alto y tan rubio. Pero parece un hombre dispuesto a todo.

—Debe serlo, si le han enviado aquí con el dinero. Y ya ha demostrado que dispone de recursos para librarse de molestias.

Ahora, un minuto más tarde, Milton Martínez estrechaba la mano del norteamericano, que al mismo tiempo efectuó una inclinación de cabeza seca y breve, murmurando:

—Señor presidente...

—Sea bienvenido, señor Ames. Nos alegramos mucho de que todo haya sido un absurdo contratiempo sin malas consecuencias... para usted. Le presento a mi secretario, Jofre Orozco.

—¿Qué tal, señor Ames? —Le tendió la mano Orozco.

—Bien, gracias. Un poco averiado, pero nada que pueda causar preocupación.

—Hay un médico en camino —dijo Milton Martínez—. ¿Todo está bien ahora, Marta?

—Sí, señor presidente. Salvo una pequeña... interferencia debida a la presencia de la chica que conducía el autocar. El señor Ames se empeñó en traerla con él, aunque he preferido que se quede afuera, esperando la decisión de usted.

—¿Señor Ames? —Miró Martínez interrogante a Lamont.

—La señorita Cortés —señaló Lamont hacia la ventana—, es una muchacha inteligente, señor. En vista de ello, prefiero que esté cerca de mí mientras dure el asunto. Creo que será mejor que dejarla marchar y que vaya por ahí haciendo comentarios. Sin duda, mucha gente se sorprendería de que a un simple turista, norteamericano haya salido a buscarlo el Ejército y un helicóptero.

Marta Diosdado enrojeció. Milton Martínez la miró afablemente, sonrió, y señaló hacia el sofá y los sillones.

—Creo que será mejor que nos sentemos todos. Podemos tomar café mientras ultimamos la operación. Por supuesto, ha traído usted el dinero, señor Ames.

—No exactamente.

Marta, Milton y Jofre se quedaron mirándolo en silencio. Por fin, Milton Martínez preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—El dinero llegará a mis manos oportunamente.

—¿No lo ha traído usted?

—No, señor.

—Señor Ames —intervino Marta—, por las declaraciones de los pasajeros del autocar sabemos que usted llevaba, un portafolios sujeto a su muñeca por una cadena, y que, precisamente ese portafolios fue el origen de su... reacción contra los atracadores. He observado que ahora no tiene usted el portafolios.

—Lo perdí por las montañas anoche, lo siento.

—Se me ha ocurrido que quizá en el portafolios llevaba usted el dinero, pero, claro, dada su indiferencia hacia su pérdida comprendo que no era así.

—Claro que no. Era sólo la cobertura, por si ocurría algo. Pero no estoy tan loco como para viajar con cinco millones de dólares encima.

—Sin embargo, el dinero le llegará a usted a tiempo, ¿no es así, señor Ames? —insistió Jofre Orozco.

—Así es.

De nuevo se hizo un breve silencio, que Lamont dedicó a examinar con disimulado interés a Orozco y Martínez. Éste debía tener unos cincuenta años, era de mediana estatura, robusto, y ni siquiera sus buenas ropas, su espesa melena canosa, y sus forzados

buenos modales podían ocultar completamente su procedencia campesina. En cuanto a Orozco, debía tener cuarenta años, era alto, esbelto, elegante, y se veía claramente que su procedencia era de esferas más altas que las de su presidente.

—Bien —dijo suavemente Milton Martínez—, usted ya sabe cómo están las cosas, señor Ames, de modo que confiamos en que lo habrá dispuesto todo para que nadie tenga que lamentarse.

—Pierda usted cuidado, señor. Además, tenemos tiempo... ¿Cuándo expira el plazo impuesto por Hugo Kiewitz?

—Dentro de tres días y medio —saltó Marta; miró su relojito de pulsera, y todavía concretó más—: exactamente dentro de ochenta y cinco horas.

—Lo que significa que tenemos indicios de que Hugo Kiewitz y sus mercenarios iniciarían su campaña por la noche.

—Eso tenemos entendido —asintió Marta.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de que en esas ochenta y cinco horas localicemos a Kiewitz? No está solo, ¿verdad? Según los informes de ustedes podrá reunir, para el momento de su campaña, no menos de mil hombres, que dirigirían entre él y sus sicarios de más confianza y experiencia. Aunque esos mil hombres no estén todavía reunidos, sí deben estarlo Kiewitz y sus lugartenientes. ¿Cuántos calculan que pueden ser éstos?

—Creemos que cerca de sesenta.

—Sesenta mercenarios, en manos de un criminal como Hugo Kiewitz, pueden hacer ellos solos mucho daño, señor Ames —dijo Orozco.

—Sí, lo sé —lo miró Lamont—. Esos sesenta hombres son profesionales de la guerra, de las masacres... Son pura escoria de la Humanidad que, ciertamente, podrían hacer ellos solos mucho daño, bien armados y entrenados. ¿Lo están? ¿Están bien armados?

—Tenemos la certeza de que sí —asintió Marta.

—Entonces, preguntaré si disponen también de armas para los otros mil hombres que están reclutando entre los descontentos de Valdivia, señorita Diosdado.

—Señor Ames, el mercenario Hugo Kiewitz fue muy claro en el mensaje que me envió —pareció irritarse Marta—. Ese mensaje explicaba bien claramente que había sido contratado por alguien para realizar una masacre en Valdivia, y que disponía de armas y

hombres suficientes para llevarla a cabo; ahora bien, si le pagábamos a él cinco millones de dólares olvidaría el asunto, y él y sus mercenarios se marcharían de América del Sur, olvidando el asunto.

—Es decir, traicionando a quien le ha contratado.

—Es evidente que Kiewitz prefiere cinco millones de dólares conseguidos bajo la simple amenaza de realizar una matanza en Valdivia que otra cantidad, seguramente menos importante, jugándose la vida contra nuestras tropas, señor Ames —dijo Milton Martínez.

—Ese cerdo es muy listo —masculló Orozco.

—Sin duda lo es —asintió Lamont—. Y cabe pensar que si ha tomado esa decisión es porque teme ser vencido por las tropas del país, ¿no les parece?

—Seguramente le venceríamos, al final —dijo Martínez—, pero hasta que llegase ese momento habría ocasionado muchísimas muertes en la población. Tenemos informes de Kiewitz que dicen que no respeta nada, que no tiene misericordia hacia nada ni nadie... Morirían niños, ancianos, hombres de todas las edades, y mujeres... Muchas de ellas serían no sólo violadas, sino mutiladas salvajemente como una... parte de la diversión sexual de los mercenarios. Sabemos que lo han hecho hace un par de años en África... Fue espantoso.

El gesto de Lamont era sombrío ahora.

—Conozco esos informes sobre Kiewitz y su gente. Y es por eso que me gustaría saber si tenemos alguna posibilidad de localizarlo..., ya que no parece fácil localizar a la persona que le contrató. ¿Se les ocurre quién ha podido ser, señor presidente?

—No. Hemos estado haciendo cábalas sobre eso. Nada. No hay el menor indicio que nos haga suponer nada.

—Sin embargo, esa acción por parte de Kiewitz debe tener un objetivo concreto, no simplemente matar. Si alguien le ha contratado para que haga eso es porque espera conseguir algo, ¿no?

—Lo único que se nos ocurre —masculló Jofre Orozco— es que alguien pretende desprestigiar el mando presidencial de Milton, para que no sea reelegido.

—Eso es muy elemental, pero sensato. ¿Quiénes son los candidatos que se opondrán al señor presidente en las próximas

elecciones? Busquemos entre ellos.

—No hay candidatos, de momento. Faltan dos años y pico para las próximas elecciones. Si alguien está pensando en presentar su candidatura, de momento lo mantiene en secreto.

—Entiendo. Bien... Sigamos teorizando: supongamos que en esa revuelta encabezada físicamente por Hugo Kiewitz usted fuese asesinado, señor presidente... ¿Qué ocurriría?

—Naturalmente, el vicepresidente ocuparía mi lugar —parpadeó Milton Martínez—. Ya sabe usted quién es: Jenofonte Sanlúcar.

—Sí, sé quién es. Me asesoré bien antes de venir a Valdivia. ¿Desconfiaría usted de su vicepresidente, señor? ¿Se atrevería a sugerir que él podría ser el hombre que ha contratado a Kiewitz?

—No... No.

—¿Debo entender que el señor Sanlúcar goza de toda su confianza?

—Sí..., naturalmente.

—Entonces, ¿por qué no está él aquí?

—Cuando Marta me informó del mensaje que le había enviado Hugo Kiewitz decidimos que cuantas menos personas supieran lo que estaba sucediendo sería mejor. Nos pareció cruel sembrar el pánico, señor Ames.

—Eso está bien. De todo esto deduzco que solamente ustedes tres están enterados de lo que pasa. ¿Es así?

—Bueno —intervino de nuevo Marta—, verá usted, señor Ames, yo no puedo garantizar que en mi servicio no se haya enterado nadie. Incluso diría que ha sido inevitable, ya que estas últimas semanas he movilizado a la mayor parte de mi personal recabando datos sobre Hugo Kiewitz, y he ordenado a mis hombres que rastreen por el país y por las fronteras la presencia de algún grupo de hombres... que llamase la atención. Cosas así.

—Sí, inevitable —suspiró Lamont—. ¿Sabe alguien aparte de ustedes que yo había de llegar hoy con cinco millones de dólares?

—Claro que no, señor —saltó Orozco.

—¿Debo entender que ustedes nunca han hablado de eso?

—¡Claro que hemos hablado! Pero nunca en presencia de alguien que...

—¿Saben ustedes lo que es un micrófono, señor Orozco?

—¿Un mic...? ¡Naturalmente!

—¿Se apostaría usted la vida a que nadie ha colocado un micrófono en el despacho de usted, o del señor presidente..., o en el de la propia jefa del servicio secreto de Valdivia? ¿Alguno de ustedes apostaría la vida por eso?

Nadie contestó. El silencio fue tan elocuente que Lamont se permitió una amable sonrisa.

—Tal como están las cosas —deslizó— cabe la posibilidad de que la persona que contrató a Kiewitz sea alguien cercano a uno de ustedes tres, que se haya enterado de mi llegada, y que, posiblemente, por el momento prefiera simular que no está al corriente de la pretendida traición de Kiewitz hacia él, a fin de que éste, si no recibe los cinco millones de dólares, haga su trabajo criminal. Para eso, todo lo que tiene que hacer es impedir que yo les entregue a ustedes los cinco millones. Lo que significaría que mi vida, en estos momentos no es... apreciada en Valdivia.

—¿Quiere decir... que lo del autocar pudo ser... una operación para quitarle a usted el dinero? —saltó Marta Diosdado.

—Se me ha ocurrido, señorita Diosdado. ¿A usted no?

—No... ¡Por Dios, no!

—Bueno, tal vez yo esté equivocado, pero por si acaso, me mantendré en la sombra hasta que llegue el dinero. Cuando me vaya de esta casa nadie sabrá dónde voy a estar. Pero no teman, apareceré con el dinero a tiempo para que sea entregado a Kiewitz. Y ya que hemos tocado de nuevo el tema del dinero..., ¿por qué pedirlo? ¿No hay en Valdivia cinco millones de dólares?

—Esto no son los Estados Unidos —gruñó Orozco.

—Vamos, señor Orozco, ¡cinco millones nada más!

—Habríamos tenido que tocar el dinero del Estado —dijo Milton Martínez—, pues ninguno de nosotros es rico. Y en cuanto hubiéramos sacado cinco millones de las arcas, la noticia se habría extendido forzosamente, aunque sólo fuera a nivel gubernamental..., lo que significaría que «alguien» se habría enterado y quizá habría obtenido conclusiones. Y nosotros, señor Ames, queremos pagar a Hugo Kiewitz, para que éste no cometa ninguna brutalidad en nuestro pueblo, y, además, nos diga quién le contrató.

—Comprendido. Bien, tendrán el dinero a tiempo, pueden estar seguros. Pero mientras tanto, insisto: ¿no habría manera de

localizar antes a Hugo Kiewitz?

—Tenemos frontera con Colombia y Venezuela —dijo Marta—. Kiewitz puede estar en cualquiera de estos dos países..., o en la propia Valdivia. No tenemos ningún indicio al respecto, lo siento.

—Me temo, señor Ames —dijo Milton Martínez—, que no sabremos dónde está Kiewitz hasta que nos entrevistemos con él para entregarle el dinero. Y esa entrevista, claro está, será... de la máxima seguridad para él. Así que pagaremos, nos dirá quién le ha contratado... ¡y que el diablo se lo lleve lejos de aquí!

—¿Por qué quiere usted saber dónde está Kiewitz? —preguntó Marta.

—Cuando era niño tenía un amigo... especial. Para resumir diré que era cruel. Un día encontramos un ciempiés en el jardín de su casa, y él para divertirse, comenzó a cortarle las patas. Tenía juega para rato, imagínense, con cien pies. Yo le dije que era un cabrito, y me marché. Entonces, él me llamó, y me dijo: «Hombre, Lamont, no te vayas, ya termino, mira...». Y le cortó la cabeza al ciempiés.

De nuevo se hizo un silencio, hasta que Marta susurró:

—Según usted, la cabeza de nuestro ciempiés es Kiewitz, ¿no, señor Ames?

—Sí.

—Solamente un loco iría en busca de Kiewitz a su terreno.

—Eso es cierto. Y yo no estoy loco. Bien, creo que lo mejor será que yo me marche, y que cada uno de ustedes pueda volver a sus ocupaciones. Me gustaría que el helicóptero nos dejase a la señorita Cortés y a mí en cualquier carretera, señorita Diosdado.

—¿A pie? —Se asomó Marta.

—Sí. Nos las arreglaremos bien. Pero necesitaré dinero del país. Más o menos, el equivalente a unos diez mil dólares. ¿Esa cantidad sí pueden conseguirla?

Milton Martínez miró a Orozco, que asintió y salió del salón. Regresó un minuto más tarde con un paquete hecho con periódico, que entregó a Lamont.

—Gracias —se puso en pie el norteamericano—. Si llego a necesitarla, señorita Diosdado, ¿adónde puedo llamarla?

—A mi apartamento de Costana, salvo que quiera llevar usted una radio.

—No, no, nada de radios. ¿Figura su número en la guía?

—No —sonrió Marta—. Es el
71 22 90.

—Lo recordaré.

Lamont Ames se despidió de los tres, y se disponía a abandonar la sala cuando Milton Martínez le retuvo con un gesto.

—Según entiendo, señor Ames —murmuró el presidente de Valdivia—, no piensa usted hacer nada. Es decir, esperará a que llegue el dinero, nos avisará, y pagaremos a Hugo Kiewitz.

—Me parece que es lo más sensato, ¿no?

—Tal vez, pero a mí me gustaría que el asunto se resolviera cuanto antes. Desde luego, antes de la Gran Reunión.

—¿La Gran Reunión? —se despertó el interés de Lamont.

—Dentro de dos días hay una reunión muy importante, y me gustaría para entonces estar seguro de que todo ha terminado bien, es decir, que Kiewitz no hará nada en el futuro.

—Espero poder conseguirlo. Pero dígame: ¿qué clase de reunión es ésa..., si puedo saberlo?

—En cierto lugar van a reunirse conmigo las personas de más significación en Valdivia, para hablar de toda una serie de proyectos de toda clase para nuestro país. Proyectos en los que cada cual intervendrá según sus posibilidades.

—Según entiendo, gente de confianza, señor.

—Por supuesto.

—¿Y ellos no podían haberle prestado ese dinero?

—Ya le hemos dicho que preferimos que nadie sepa nada, que nadie se asuste. En cuanto a la reunión, estaba pensando que tal vez sería mejor posponerla, hasta tener la seguridad de que todo está definitivamente resuelto.

—Tal vez eso sería un error —saltó Marta Diosdado—. Si usted hace eso podría precisamente provocar la alarma entre esas personas que le han ofrecido su apoyo.

—La señorita Diosdado tiene razón —sonrió Lamont—. No se preocupe usted, señor; todo terminará bien. Para eso he venido yo a Valdivia, precisamente.

CAPÍTULO V

Debían ser las cinco de la tarde cuando Lamont Ames vio aparecer el automóvil por la asfaltada carretera, pero, como podía ser uno de tantos como habían pasado, permaneció oculto entre el arbolado, esperando pacientemente.

Esta vez su espera terminó. El automóvil no pasó de largo en dirección a San Lorenzo, sino que abandonó la carretera metiéndose entre los árboles, y, poco después, se detenía cerca de él. Por supuesto, tenía que ser Nidia, pero Lamont insistió en su ocultamiento hasta que la muchacha se apeó del vehículo y llamó:

—¡Lamont, ya estoy aquí!

El norteamericano salió de su escondrijo, se acercó a Nidia Cortés, y, sin más complicaciones, la abrazó por la cintura y la besó en la boca. Acto seguido, dijo:

—Me pregunto qué haría yo sin ti. ¿Lo has traído todo?

—Sí —sonrió ella—. Ha sido fácil.

—Para ti, sí. Pero si hubiera ido yo habría llamado la atención, tan alto y tan rubio y con cara de yanqui.

Nidia se echó a reír, se colgó de su cuello, y lo besó.

—¡Qué tontería! —exclamó.

—¿Crees que no se habrían fijado en mí?

—Ah, eso sí. Me refería al hecho de haberme enamorado de ti.

—Caramba, no sabía eso —se sorprendió Lamont.

—Ni yo, hasta que nos separamos esta mañana después de alejarnos de aquella casa. Entonces pensé: ¿y si no volviera a verle? Y sentí una angustia...

Lamont Ames parecía entre divertido y atónito. Ciertamente que tras los primeros enfrentamientos del día anterior las relaciones entre él y Nidia habían mejorado notablemente, y que a él le gustaba la

muchacha, pero no se había detenido a profundizar en esto. Para él, hasta el momento, Nidia Cortés representaba la única posibilidad razonable de entrar en acción en Valdivia sin recurrir a personas más o menos cercanas al Presidente Martínez y que pudieran traicionarlo, como ya habían hecho una vez.

—Me parece —susurró Nidia— que eso no te ha gustado demasiado.

—Claro que sí —asintió él, volviendo a besarla en los labios—. Sólo me estaba preguntando hasta qué punto estás enamorada de mí.

—Ponme a prueba.

—Lo haré. Pero no ahora. Tenemos muchas cosas que hacer. Bueno, el coche está bien, parece que funciona. ¿Llenaste el depósito completamente?

—Hice todo lo que me encargaste —asintió Nidia, apartándose de él—. El resto de las compras están en el maletero.

—Ábrelo.

Nidia alzó la tapa del maletero; mientras, Lamont recogió su maleta y su paraguas del lugar donde los había escondido, y se dirigió cargado hacia el automóvil, vulgar y viejo. Así tenía que ser.

—Me sobró mucho dinero —musitó Nidia.

—Por el momento, guárdalo tú.

Dentro del maletero había un sombrero de paja y un paquete. Lamont lo sacó todo, y metió sus cosas. Cerró el maletero, y, seguido de Nidia, se metió entre los árboles. El paquete contenía unas sandalias, ropas de campesino, y otro pequeño paquete dentro del cual había unos lentes de sol viejos y un pequeño frasco con tinte para el cabello. Perfecto.

Un cuarto de hora más tarde, a excepción de la estatura, que no podía ser cambiada, Lamont Ames parecía otro hombre: un campesino alto, de cabellos negros, que usaba sombrero de paja y lentes para el sol. Nidia, que primero había presenciado admirada la habilidad de Lamont para teñirse el cabello, parecía ahora divertida.

—¿Siempre haces cosas así cuando la CIA te encarga alguna misión? —preguntó.

—¿Sigues creyendo que trabajo para la CIA? —sonrió él.

—¿Para quién, si no?

Lamont abrió la boca, frunció el ceño, cerró la boca, y terminó por mover negativamente la cabeza. A continuación dijo:

—Tenemos que ir hacia San Lorenzo cuanto antes. ¿Conoces la ciudad?

—Un poco.

—Espero que lo suficiente para localizar cuanto antes el bar Cuzco.

—Claro que lo encontraré. ¿Y luego?

—Te enteras bien de qué clase de bar es, y qué clase de gente va allá. Cuando lo sepas todo, te reúnes conmigo en el lugar donde quedaremos citados, y entonces planearé el siguiente paso. Pero ante todo, sepamos qué clase de antro es ese bar, y dónde está.

* * *

El bar Cuzco estaba en la calle de los Santos Inocentes, lo que no dejaba de tener gracia considerando que era un local donde solían reunirse putas y gente de vida aventurera. Encontrar allá a un inocente, aunque no fuese santo, parecía imposible. Cosa que preocupaba bien poco al propietario, un sujeto bajo, gordo y bigotudo, de pequeños ojos vivos.

Ojos que captaron la presencia de la muchacha nueva en cuanto ésta apareció por la puerta, deteniéndose y mirando alrededor y alzó un brazo. La muchacha lo vio, y se acercó al mostrador, como cortando la densa humareda producida por los cigarros de los clientes..., y seguida por la mirada apreciativa de algunos hombres y las miradas irritadas de algunas de las chicas que acudían allí a vender sus encantos.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Pardinás.

—Sí... A un amigo, Bueno, a un amigo de un amigo mío.

—Ah. Será mejor para ti, pues por aquí no gustan las nuevas. Consideran que ya hay demasiadas putas en mi local. ¿Tú también eres puta, supongo?

—Pues... Bueno...

—Oye, menos cuento, ¿eh? Dime a quién buscas, y procura no hacer enfadar a las otras. ¿A quién buscas?

—No le conozco, pero sé que se llama Salinas.

—Salinas. Ese cerdo con bigote... Está bien, es el que está

sentado a aquella mesa del fondo, a la izquierda, el que lleva la camisa de color rojo. Bueno —sonrió divertido—, el que está con dos chicas y una botella. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

—No, gracias... Yo se lo diré.

—Allá tú.

La muchacha se dirigió hacia el fondo del local, y se sentó a una mesa cercana a la del llamado Salinas. Éste, en efecto acompañado de dos chicas, vio a la recién llegada, y la miró especulativamente. La muchacha le sonrió, y Salinas alzó las cejas. Acto seguido también sonrió. La muchacha recién llegada amplió su sonrisa. Salinas movió una mano en claro gesto de llamada, y dijo:

—Nena, ven a beber con nosotros.

—No, gracias —rechazó Nidia Cortés.

—¿Cómo que no? —Se pasmó Salinas.

Nidia volvió a sonreír, y eso fue todo. Salinas seguía mirándola con suma atención. Luego, bien empapado de la belleza de la recién llegada, miró a las dos chicas que departían con él. Basura. Asquerosa basura, comparadas con la nueva.

—Seguid bebiendo —dijo, poniéndose en pie—. Ya vuelvo.

Desentendiéndose de los hoscos gestos de sus dos acompañantes, se dirigió hacia la otra mesa, y se sentó junto a Nidia Cortés, que vestía ahora una falda cortísima y llevaba una blusa tan escotada como era posible. Los ojos negros y fieros de Salinas se fijaron con insistencia en los hermosos pechos blancos y tersos, y, sin más, metió una mano entre ellos.

—Estás muy buena —dijo.

—Eres un bruto —exclamó Nidia—. ¡Quita esa mano!

—Vamos, no seas boba. Has venido aquí para ganar tu buen dinero, ¿no es así? Pues lo vas a ganar conmigo, y ya está. ¿Qué te gustaría beber?

—No he venido aquí a beber.

—Ya, ya. Caray, se diría que tienes prisa, nena.

—Una amiga me habló de este lugar, pero no debí entender bien lo que me dijo: creí que era otra cosa.

—¿Qué me dices? Seguramente eres mucho más selecta que las otras putas, ¿verdad? Desde luego, lo pareces... Tus pechos son más duros, y no huelen a colonia barata. Yo entiendo de putas, ¿sabes? Y me parece que sí, que has venido aquí equivocada. Pero ya que

estás aquí...

—Por poco tiempo. En cuanto retires la mano me iré... Ya buscaré otro sitio mejor... ¡Me estás haciendo daño, bestia!

—Pero si sólo te he acariciado un pezón —rió Salinas—.

—¿A eso llamas tú una caricia? Mira, será mejor que vuelvas con tus amigas y me dejes en paz. Yo me largo de aquí. Lo siento porque necesito el dinero para esta misma noche, pero no aguanto este sitio..., ni a los tipos como tú.

—Bueno, bueno, no te pongas así, mujer —retiró la mano por fin Salinas—. ¿Para qué necesitas el dinero con tanta urgencia?

—Para la habitación que he alquilado. Pero iré a ganarlo a otro sitio donde...

—¿Tienes alquilada una habitación? ¿Dónde?

—En una pensión en la calle de las Animas. Adiós.

Nidia fue a ponerse en pie, pero una manaza de Salinas se posó en uno de sus muslos, impidiéndoselo. Ella le miró irritada, mientras él percibía el calor de la tibia y maciza pierna femenina.

—Escucha —dijo—, yo puedo ser más amable si tú también lo eres, ¿comprendes?

—No me gusta que me manoseen delante de la gente.

—Está bien, está bien, eres una puta fina. Para variar no me irá mal. ¿Qué te parece si nos vamos los dos a tu habitación... y allí nos comportamos más finamente?

Nidia le miró, y sonrió. Le estaba costando un esfuerzo terrible, pero estaba segura de que le estaba saliendo bien.

—Una vez en la habitación —susurró—, hay pocas cosas que me importen.

—Bien —parpadeó Salinas—. ¡Bien! Bueno, sal delante de mí. Voy a tranquilizar a mis amigas, y me reúno contigo dentro de un minuto en la calle. ¿De acuerdo?

—Bueno.

Nidia Cortés salió del bar Cuzco. El corazón le latía como enloquecido, y le parecía que una mano caliente le apretaba la garganta. Se dio cuenta de que le temblaban las piernas... Un poco más allá vio el negro automóvil estacionado. Nidia se dio un tironcito de la oreja derecha. Se oyó el motor del automóvil al ser puesto en marcha... Cuando Salinas salió a la calle el automóvil ya no estaba allí.

—Bueno, guapa —dijo Salinas tomándola de un brazo—, vamos allá. Me parece que hoy lo voy a pasar extra.

—Pero no te va a costar lo mismo conmigo que con las de ahí dentro —advirtió Nidia.

—¡No te preocupes por el dinero! —soltó él una risotada, vamos a ir en taxi, así llegaremos antes.

—Prefiero caminar. No está lejos, y el humo de ahí dentro casi me ahoga.

—Desde luego que eres fina, cariño... ¡Estupendo! ¿Quieres que por el camino compremos algo para beber, o de verdad no bebes?

—Sólo bebo champaña, cuando trabajo.

—¡Cuando trabajas! —Se echó a reír Salinas—. ¡Vaya, eres la puta más exquisita que he conocido, palabra! ¿Champaña? ¡Pues tendrás tu champaña, faltaría más...!

* * *

Nidia empujó la puerta, entró, encendió la luz, y sonrió a Salinas, que llevaba una botella de champaña en la mano. Salinas entró, y ella cerró la puerta.

Entonces, Salinas vio al tipo alto, moreno, con lentes de sol y tocado con sombrero de paja. Pero en lo que más se fijó Salinas fue en la pistola que empuñaba con mano firmísima el sujeto que había estado oculto tras la puerta. Se quedó inmóvil.

—Quítale la botella —dijo Lamont.

Nidia lo hizo, y se apartó rápidamente. Lamont percibió bajo la mugrienta chaqueta blanca de Salinas el bulto de la pistola, en su axila izquierda.

—Quítate la chaqueta —dijo—, quiero admirar esa camisa roja tan preciosa, Salinas.

—¿Quién es usted? —susurró el mercenario.

—Después de quitarte la chaqueta coges con dos dedos la pistola y me la pasas. No quieres morir, ¿verdad?

Salinas, evidentemente, no quería morir, porque obedeció las instrucciones de Lamont sin querer pasarse de listo. Lamont se guardó la pistola de Salinas en la cintura, y movió la suya hacia una butaca.

—Siéntate allí. ¿Te apetece un poco de champaña?

—Está bien —gruñó Salinas.

Se sentó. Lamont lo hizo frente a él en otra butaca, acomodándose con un cojín de colores a la espalda. Había hecho una seña a Nidia, que procedió a descorchar la botella.

—Lo primero que me sorprende es que después de lo que pasó con tus amigos hayas seguido frecuentando el bar Cuzco —dijo Ames—. ¿No has temido que te delaten?

—¿Qué amigos, de qué habla?

—Carrizo, Vargas y Lage. Dejémonos de tonterías, Salinas. ¿Cómo te has atrevido a continuar frecuentando el Cuzco?

—Todos saben que mis amigos están poco menos que muertos. Y de todos modos, tengo por allá gente que está esperando poder entrar en el hospital para terminar de liquidarlos... ¿Usted es el norteamericano?

—Sí. La segunda cosa que me sorprende es que mi amiga te haya sacado tan fácilmente del bar. ¿Cómo ha sido eso?

Salinas dirigió una torva mirada a Nidia, y masculló:

—Está mil veces más buena que las otras. Sólo con tocarle los pechos ya me di cuenta de que valía la pena.

—Ambas cosas muy convincentes —asintió Lamont—. Sin embargo, tú seguías frecuentando el bar Cuzco por algo más... Por ejemplo, esperando alguna llamada, ¿no es así? ¿Quién había de llamarte? ¿Tus amigos que están esperando poder entrar en el hospital para liquidar definitivamente a Lage y Vargas?

—Sí... Ellos.

—Ya. Pero no sólo ellos, ¿verdad? Esperas instrucciones o alguna clase de aviso de alguien más. Digamos, la persona que te encargó el asunto del autocar. ¿He acertado?

Salinas tragó saliva, se pasó la lengua por los labios, y no contestó. No conseguía ver los ojos del yanqui a través de los oscuros cristales de las gafas, pero le bastó ver su seca sonrisa para comprender que estaba en una situación muy peligrosa.

—Sólo hay dos vasos aquí —dijo Nidia.

—Uno para ti y otro para mí —dijo Lamont sin mirarla—. Nuestro amigo Salinas no beberá hasta que hayamos terminado la conversación. Y seguimos con ella. Salinas ¿quién te puso al corriente del modo en que llegarían los cinco millones de dólares a Valdivia?

—Nadie... Yo me enteré.

Lamont Ames no dijo nada. Se puso en pie, se acercó a Nidia, y tomó el vaso de champaña con la mano izquierda. Bebió un sorbo, se mostró complacido, y agarrando la botella por el cuello se acercó a Salinas.

Su acción fue ruda, incluso brutal, y sobre todo, inesperada, especialmente para Nidia, que lanzó una exclamación cuando la botella golpeó en un lado de la rodilla izquierda de Salinas. Éste lanzó un ahogado bramido, saltó de la butaca, y quedó tendido de lado en el suelo, con ambas manos en la rodilla... Un puntapié en pleno estómago le dejó sin aliento, y como consecuencia sus ojos casi saltaron de las órbitas. Pero no acabaron ahí sus desdichas, porque sin inmutarse, como en un juego ya ensayado, Lamont volvió a golpearle con un pie, ahora en la barbilla, que crujió. Los desorbitados ojos de Salinas quedaron en blanco cuando el sujeto se desmayó.

Lamont se acercó a Nidia, y la besó en los labios, que estaban fríos y rígidos.

—Lo siento —murmuró—, pero lo menos que cabía temer al hacerte pasar por puta era que el tipo te manoseara. ¿Pasó algo más?

—No... No.

—Bien. Será mejor que vayas a esperarme al coche. Las cosas van a complicarse aquí si Salinas se pone terco.

—Yo..., yo preferiría...

—Ve al coche, Nidia. Pero tienes tiempo de terminar tu copa de champaña. No es muy bueno, de todos modos.

Cuando, pocos minutos más tarde, Salinas recobró el conocimiento, la escena era más o menos la misma: él estaba de nuevo sentado en la butaca, y el norteamericano en la suya frente a él. Pero faltaba la muchacha. Esto no le gustó nada a Salinas.

—Te voy a decir cómo veo yo las cosas —dijo calmamente Lamont—; alguien te dio el soplo, y tú, en lugar de recurrir a tus amigos y amigos de Hugo Kiewitz, recurriste a gente del país. Lógico, ya que estabas traicionando a Kiewitz para quedarte con los cinco millones de dólares y largarte para siempre de su lado. Te comprendo: ¿por qué estar bajo las órdenes de nadie? Así que, como a fin de cuentas no eres gran amigo de Kiewitz, sino un

mercenario local alquilado a su servicio, conocedor de este país, la conciencia no te remordió. Pero todo eso, Salinas, a mí me importa un huevo. Lo que sí me importa es saber quién te dio el soplo, quién te encargó el trabajo, quién quería que esos cinco millones de dólares no llegasen a su destino... Tienes cinco segundos para responder. Si no lo haces, te mataré.

Soltada la parrafada, Lamont colocó el cojín de colores ante la pistola, y Salinas comprendió que el yanqui no estaba fanfarroneando. Si no contestaba, el norteamericano iba a disparar a través del cojín, y sería lo mismo que al utilizar silenciador. Lo mismo, es decir, que sin ruido, la bala que acabaría con su vida sería disparada.

—Jenofonte Sanlúcar —susurró.

—¿El vicepresidente? —exclamó Lamont—. ¿El vicepresidente de Valdivia?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué pretende exactamente Sanlúcar?

—De eso, ni idea. Nos conocemos hace tiempo, había hecho antes algunas cosas para él... Me buscó, y me encargó el trabajo. Eso es todo.

—De acuerdo. Ahora quiero decirte algo, Salinas. Es como una disculpa, desde luego. Lo cierto es que a mí me enviaron aquí con una consigna básica. Me dijeron: «Lamont, ve allá, asegúrate de que todo termina bien, y ya sabes que debes eliminar a la gente que no merezca vivir». Y tú, Salinas, no mereces vivir, porque tu vida es un peligro para la vida ajena.

El estampido del disparo sonó, efectivamente, ahogado, como efectuado con silenciador, quizá incluso más. Salinas recibió la primera bala en el centro del pecho, pese a lo cual se puso en pie de un salto... La segunda bala, en pleno corazón, volvió a sentarlo, ahora sí, con los ojos desorbitados. Eso fue todo.

Lamont Ames dejó caer el cojín humeante, se aseguró de que apagaba la pequeña brasa que se formaba en la tela alrededor de los dos orificios, y, tras recoger la botella de champaña, abandonó la habitación, preguntándose cómo acogerían a Salinas los ángeles. Los ángeles del infierno, claro.

CAPÍTULO VI

En el espejo del cuarto de baño, Marta Diosdado había estado contemplando su hermoso cuerpo desnudo, fino pero bien definido. Su cintura era esbeltísima, y sus caderas eran preciosas. Cosa poco frecuente, tenía el vello sexual completamente rubio, como los cabellos. Marta no dejaba de sorprenderse por el hecho de que casi todas las rubias tuvieran el vello negro. Chocante.

Se había pasado las manos por los pechos, no muy grandes, pero preciosos. Blancos, turgentes, delicados..., y rematados por un pezón rosado de insospechado tamaño. Un pezón que había comenzado a reaccionar bajo su suave caricia, por lo que Marta decidió abandonarla y dedicarse a vestirse.

Además, tenía el tiempo justo. No le gustaba llegar tarde a sus citas.

Diez minutos más tarde, vestida con un encantador modelito de noche corto, Marta Diosdado abandonaba su apartamento. Y justo cuando comenzaba a bajar las escaleras hacia el vestíbulo del edificio, el teléfono de su apartamento comenzó a sonar.

Marta no lo oyó. Así pues, salió a la calle, caminó un par de manzanas por la Avenida Libertad, la céntrica arteria de Costana, y giró a la derecha, enfilando una calle menos importante. Poco después llegaba junto al automóvil estacionado frente a un oscuro portal, y, sin más, se metió dentro, en el asiento contiguo al del conductor. En ese asiento, frente al volante, Jofre Orozco estaba vuelto hacia ella, y la miraba sonriente.

—Estás preciosa —susurró.

Ella le sonrió, y le puso delicadamente una mano sobre el muslo derecho. Jofre Orozco se estremeció. Pasó su mano derecha por la nuca de Marte, la atrajo, y la besó en la boca apenas maquillada. Se

estremeció de nuevo cuando notó la lengua de la muchacha correspondiendo a su caricia. La apartó.

—Quizá estos días no deberíamos vernos —murmuró.

—Quizá —dijo ella—. Pero los dos lo deseamos, ¿no es así?

—¿Sabes algo de Ames?

—No. Desde que los dejaron en el lugar que eligió la muchacha de la Agencia Carmona puse a mis hombres en movimiento, pero hasta ahora no han conseguido localizarlo. Ni a ella.

—Me gustaría saber qué está haciendo ese yanqui.

—Seguramente, esperando el dinero.

—No sé. La verdad, no me pareció de esa clase de tipos que se esconden esperando que los problemas se resuelvan solos. Algo debe estar haciendo.

—Haga lo que haga, no descubrirá nada. No tiene ninguna pista, no sabe nada de nada...

—Eso es lo que nos dijo, pero pudo mentirnos.

—Sí... pudo mentirnos. Sea como sea, y tal como están las cosas, nosotros tampoco podemos hacer nada, salvo esperar el dinero, igual que él. Y no veo por qué hemos de esperarlo cada uno en su apartamento.

—Tienes razón.

Jofre Orozco, secretario y amigo de confianza del presidente Milton Martínez, volvió a besar en la boca a Marta Diosdado, jefa del servicio secreto y, como consecuencia, de la vigilancia civil de Valdivia. El beso se fue prolongando..., mientras la mano izquierda de Jofre se deslizaba primero hacia la garganta de la muchacha, y luego, muy despacio, hacia el escote. Sus dedos apretaron suavemente la delicada forma del pecho, de una turgencia exquisita. Pero cuando llegaron un poco más abajo y rozaron el pezón, Marta se apartó.

—Jofre, aquí no, por favor —jadeó.

—Tienes razón, perdona.

Y apartándose de ella puso el coche en marcha.

* * *

Lamont Ames entró en el coche, sentándose junto a Nidia, que estaba al volante.

—Vámonos —dijo.

Nidia puso el coche en marcha, preguntando:

—¿Has podido hablar con ella?

—No. Nadie contesta al teléfono. La señorita Diosdado debe estar cenando fuera de casa.

—Eso es normal, ¿no?

—Naturalmente. Pero me habría gustado contar con ella. La volveré a llamar cuando encontremos otro teléfono.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Me dedico a buscar cabinas telefónicas o voy hacia la urbanización Las Marinas?

—Ve hacia Las Marinas, pero si por el camino encontramos otro teléfono, para. Seguiré llamando a la señorita Diosdado mientras sea posible.

—Pero vamos a Las Marinas con o sin ella.

—Sí... Sí. Este asunto quiero resolverlo cuanto antes. No me hace ninguna gracia que un tipo como Jenofonte Sanlúcar ande suelto por ahí.

—Dios mío, creo que estás loco... ¡Es el vicepresidente!

—Como si quiere ser la madre que lo parió —gruñó Lamont.

—Quizá deberías esperar a que la señorita Diosdado regrese a su apartamento... ¡Y luego, están esos dos hombres heridos, Lage y Vargas! Si no avisas a la señorita Diosdado, los hombres de Salinas que están rondando el hospital militar acabarán por entrar y matarlos.

—Eso habrá que agradecerles... Para. Ahí veo otro teléfono.

Nidia Cortés detuvo el automóvil cerca de la cabina. Lamont fue a telefonar. Cuando regresó, Nidia comprendió que no había conseguido el contacto con Marta Diosdado.

—Que se vaya al demonio —masculló Lamont—. Nosotros vamos ya directamente a Las Marinas.

Las Marinas, a la que tardaron apenas quince minutos en llegar, era una urbanización de lujo, de amplias avenidas adornadas con altísimos árboles que sombreaban con grandes manchas la calzada y las aceras. Ahora, ya de noche, las sombras parecían más densas en esos puntos, pese a la buena iluminación eléctrica.

En una de esas avenidas, en un chalé no demasiado grande, de aspecto acogedor y discreto, vivía el vicepresidente Jenofonte Sanlúcar, rodeado de plantas, flores y algunos de aquellos altísimos

árboles. No habían tenido ninguna dificultad en localizarlo tras su llegada a Costana procedentes de San Lorenzo. Había bastado buscar su nombre en la guía telefónica. Por fortuna, Jenofonte Sanlúcar no recurría a teléfono de línea privada.

Nidia Cortés localizó la avenida, y poco después pasaban ambos ante el chalé, en el que había abundante luz. Todo normal. Unos doscientos metros más allá, por indicación de Lamont, Nidia detuvo el coche, y apagó el motor.

—¿Y si avisaras al presidente? —insistió todavía Nidia.

—Ya lo he pensado, pero ese hombre carece de... sutileza. Es demasiado directo. Me temo que su reacción podría echarlo todo a perder.

—¿Por qué? Sólo tienes que decirle que su vicepresidente es un traidor, y él se encargará de lo demás.

—¿Incluso de saber quién contrató a Hugo Kiewitz? Porque es cierto que Sanlúcar ha querido traicionar a Kiewitz, pero... ¿quién contrató a Kiewitz? ¿Y cómo se enteró Sanlúcar de eso? ¿Cómo?

—No comprendo lo que quieres decir.

—Quiero decir exactamente que la persona que contrató a Hugo Kiewitz no es Jenofonte Sanlúcar, evidentemente, ya que planeó evitar que el dinero pudiera llegar a parar a manos de ese mercenario asesino. Entonces, alguien contrató a Kiewitz. Y si no fue Sanlúcar pudo ser cualquiera.

—¿Incluso el presidente? —exclamó Nidia.

—Eres una chica lista. Espera aquí. Y si ves que se arma jaleo, lárgate.

—¿Adónde?

—¿Y a mí qué me cuentas? —Gruñó Lamont. Sin dar tiempo a Nidia a replicar, salió del coche, y regresó hacia el chalé del vicepresidente de Valdivia.

* * *

Jenofonte Sanlúcar tenía cuarenta años, era alto, apuesto, moreno, de grandes ojos oscuros de sonriente expresión. Vestía muy bien, pero sin excesos. Cuando apareció en la puerta del salón Lamont lo miró fijamente, y se dijo que aquel hombre era mucho más inteligente de lo que sugerían las fotografías que había visto de

él.

Se puso en pie apenas verlo, captando, por supuesto, la curiosidad con que lo examinaba a su vez Jenofonte Sanlúcar, cuya sonrisa se desvaneció cuando uno de sus dos guardaespaldas que habían acompañado a Lamont hasta el salón se acercó a él y comenzó a cuchichearle. Lamont no se inmutó. Sabía que el hombre le estaba diciendo a Sanlúcar que él había llegado preguntando por él, pero armado, y que le habían quitado la pistola.

La mirada de Sanlúcar regresó a Lamont, asintió, y se acercó. Lamont se quitó los lentes de cristales oscuros, y Sanlúcar se detuvo al ver sus claros ojos; pareció a punto de decir algo, pero no lo hizo. Tras mirar unos segundos los ojos de Lamont, se volvió hacia sus hombres y el criado que esperaba ante la puerta.

—Salgan todos —dijo.

La sorpresa dejó paralizado a los dos guardaespaldas.

—Pero señor... —empezó uno de ellos.

—Salgan, por favor.

La puerta se cerró tras los tres hombres. Jenofonte Sanlúcar sonrió al norteamericano.

—Estaba tomando el café con mi familia, pero creo que lo dejaré definitivamente. Sin embargo, me apetece una copa de coñac... ¿Le sirvo una, señor Ames?

—Sí, gracias.

—Siéntese, por favor. Y no vuelva a ponerse esas gafas, se lo ruego. Me gusta ver los ojos de las personas con las que hablo.

—A mí también —dijo Lamont.

Se sentó. Sanlúcar sirvió coñac en dos grandes copas ventrudas, se acercó a Lamont, le tendió una, y se sentó frente a él. Lamont bebió un sorbo. Exquisito. Sonrió.

—Es usted un hombre muy inteligente, señor vicepresidente. Y desde luego, de una rapidez de comprensión y reacción verdaderamente admirable.

—No hay para tanto, pero gracias —casi rió Sanlúcar—. Era muy fácil comprender quién era usted viendo sus cabellos teñidos y sus ojos claros; sobre todo, teniendo en cuenta las circunstancias, claro.

—Claro. He estado conversando con Salinas.

—Ah. Desagradable sujeto, ¿no es cierto?

—Muy desagradable. No obstante lo cual usted lo contrató para el asunto del autocar. Ya me entiende, ¿verdad?

—Por supuesto, señor Ames. Es triste y desagradable, pero en ocasiones uno no tiene más remedio que recurrir a esa clase de gente. Al principio resulta un poco traumático, pero a todo se acostumbra uno. ¿Cómo consiguió usted la pista de Salinas?

—Antes de dejar en tal mal estado a Vargas y Lage me las arreglé para obtener esa información.

—Comprendo. Sin embargo, que yo sepa, usted no ha dicho a nadie que sabía nada al respecto, que tenía esa pista.

—A veces me gusta trabajar solo —sonrió fríamente Ames—. Es más fatigoso, pero más seguro.

—Sí, lo mismo pienso yo. Y también es más comprometido.

—Señor Sanlúcar, usted intentó impedir que yo entregase los cinco millones de dólares al señor presidente, lo que, como bien debe saber, habría dado lugar a que él no hubiera podido pagar a Hugo Kiewitz, lo que, a su vez, habría ocasionado la acción con que éste ha amenazado al país. ¿Por qué lo hizo? ¿Desea usted que su país se vea envuelto en luchas que costarían decenas de miles de vidas? De verdad, no comprendo esto. Dígamelo usted. ¿Por qué?

Jenofonte Sanlúcar, que había escuchado a Lamont con verdadero asombro, acabó por mover la cabeza con gesto negativo.

—Me parece, señor Ames, que está usted navegando a ciegas. O quizá va detrás de un espejismo que alguien ha colocado ante usted. Eso disculparía su tremendo error.

—¿Mi tremendo error? —Gruñó Lamont—. No diga tonterías.

—Usted las está diciendo. Y voy a permitirme la satisfacción de ayudarle un poco. Empezé usted de nuevo, pero preguntándole quién contrató a Hugo Kiewitz para que viniera a Valdivia.

Lamont Ames entornó los párpados, y preguntó:

—¿Quién contrató a Kiewitz para que viniera a Valdivia?

—Marta Diosdado —sonrió Sanlúcar.

—¡Usted está loco! —saltó Lamont—. ¡Está loco!

—No señor.

—Pero... ¡Eso es absurdo!

—Debo admitir que lo parece —asintió Sanlúcar.

—Espere un momento... La señorita Diosdado goza de toda la confianza del señor presidente, y está ayudándole en esto. Ella

desea que yo entregue el dinero a tiempo para impedir que Kiewitz entre en acción, así que... ¿cómo voy a creer que fue ella quien le contrató, quien le hizo venir a Valdivia?

—Pues no lo crea.

—Maldita sea... ¿Debo entender que usted quiso evitar que el dinero llegase a manos del señor presidente porque desconfía de Marta Diosdado, porque según usted ella contrató a Kiewitz?

—Eso es exactamente lo que usted debe entender.

—Pero vamos a ver... Yo debo entregar el dinero a Milton Martínez, el cual, a su vez, según entiendo, se lo entregaría a Marta Diosdado para que ésta pagase a Kiewitz a fin de que no llevase a cabo la masacre que otras personas le han ordenado...

—Vuelve usted a equivocarse, señor Ames. Yo creo que esos cinco millones de dólares no son para pagar a Kiewitz a fin de que no realice su masacre, sino, precisamente, *para que sí la realice*.

Lamont tuvo la sensación de recibir un mazazo en plena cabeza.

—¿Quiere decir que a mí me han engañado? ¿A mí y sobre todo a las personas que han enviado el dinero desde Estados Unidos? ¿Está diciéndome que Marta Diosdado se las ha ingeniado para conseguir de ese modo cinco millones de dólares con los que pagar a Kiewitz para que éste organice la revuelta?

—Exactamente.

—Por el amor de Dios... ¡Pero entonces debió decirle usted esto a Milton Martínez, en lugar de organizar todo aquello del autocar! En este asunto, Salinas, contratado por usted, organizó las cosas de modo que dos hombres del servicio secreto o de la vigilancia civil fueron asesinados para robarles el coche; luego, murieron tres hombres más, dos están graves, pudieron matarme a mí, causar graves daños a personas pacíficas que viajaban en el autocar...

—Siempre cae alguien, señor Ames. Lo habría sentido por las personas del autocar, pero los demás eran carne de cañón. Incluso los de la vigilancia civil, que, obviamente, servían a Marta.

—Está bien. Suponiendo que todo eso sea cierto..., ¿por qué no se limitó usted a advertir de lo que sucedía a Milton Martínez?

—Ahora sí ha hecho usted una pregunta inteligente, señor Ames. ¿Por qué no avisé a Milton Martínez, mi presidente y amigo...? Le diré por qué. Tengo la sospecha de que él no es ajeno a las maquinaciones de Marta Diosdado.

Lamont Ames quedó como petrificado. Luego, se bebió el resto del coñac de un trago, y jadeó:

—¿Quiere decir que esa revuelta que encabezaría Kiewitz ha sido planeada por el propio Milton Martínez?

—Todo me hace suponer que sí. De modo, señor Ames, que no podía recurrir a Milton. Ni a nadie. Así que lo hice a mi manera: contraté unos cuantos mercenarios por medio de Salinas, y quise apoderarme del dinero, para impedir que Milton, Marta y Jofre pudiesen pagar a Hugo Kiewitz sus servicios criminales.

—O sea, que si entrego el dinero a Milton Martínez, éste pagará por fin a Kiewitz, pero no para que se vaya de Valdivia pacíficamente, sino para que proceda a la masacre, a la revuelta.

—Sí.

—Santo Dios... ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

—Va usted mejorando, sus preguntas van teniendo sentido, señor Ames. ¿Con qué objeto? Bueno, creo que usted ha conocido a Milton, ¿no es así?

—Sí... Sí, le he conocido, en efecto.

—¿Qué le ha parecido?

—Me ha parecido un hombre honesto, francamente.

—Tal vez lo sea. Pero, señor Ames, Milton Martínez procede del campo, no es un hombre... culturalmente preparado. Debo admitir que lo está haciendo bastante bien, que tiene un instinto nato de gobernante, y que, en general, todas las disposiciones que ha tomado desde que accedió a la Presidencia han favorecido al pueblo. No se le puede reprochar nada, ésa es la verdad.

—¿Entonces?

—Milton tiene demasiada conciencia de sí mismo, de su baja procedencia. Él sabe mejor que nadie que no es un hombre refinado y educado. No estudió demasiado, no asistió a universidad alguna, apenas habla inglés... En resumen, señor Ames, Milton Martínez tiene miedo de que en las próximas elecciones todo esto pese en su contra, y que no le reelijan, que elijan a otro hombre con más brillo personal. Y pensando en todo esto es más que posible que haya decidido... eliminar la competencia, utilizando a Kiewitz.

—¿Quiere decir que básicamente Kiewitz se dedicaría, durante la revuelta, a asesinar a los hombres que en el futuro pudieran competir con Milton Martínez por la presidencia del país?

—Sí, eso quiero decir. Y Milton pagará los servicios de Hugo Kiewitz con sus cinco millones de dólares, señor Ames. Por eso, él ha pedido el dinero fuera del país, para que nadie sepa nada de lo que se está preparando.

—¿Y cómo se enteró usted? —Casi gritó Lamont, pálido.

—Escuché trozos de conversación entre Marta y Jofre.

—¿Hablaban con Milton Martínez?

—No. Sólo entre ellos. Fue así como me enteré de la llegada de usted con el dinero, y de los detalles suficientes para darle instrucciones a Salinas.

—Todo esto es mentira —jadeó Ames, poniéndose en pie con gesto brusco—. ¡No puede ser verdad!

—Pregúntele a Marta Diosdado. Tal vez haya llegado el momento de hacer las cosas directamente. Pregunte a Marta, señor Ames.

—Maldita sea mi estampa... ¡Lo haría ahora mismo, si pudiera localizarla! ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Naturalmente. ¿Conoce el número de teléfono de Marta?

—Claro. Pero he estado llamando antes y no contestaba.

—Tal vez esté con su amante.

—¿Con quién?

—Con su amante: Jofre Orozco. Los estuve vigilando después de escuchar un par de conversaciones en el despacho de Jofre, y que, luego me enteré, perteneció hace tiempo a los padres de Jofre. Supongo que ahora es de él, pero prefiere vivir en la ciudad. Es un buen sitio para reuniones discretas, desde luego.

—Y usted sabe dónde está.

—Ya le he dicho que los estuve vigilando.

—¿Podríamos ir ahora a ese chalé?

—¿Por qué no? Será una interesante reunión.

—Sí... Un momento. Hablando de reuniones, ¿qué es exactamente todo eso de la Gran Reunión?

—Ah, de modo que le han hablado de ello... Bueno, esa Gran Reunión también es muy significativa, para mí. Milton la ha convocado expresamente para conocer a fondo a las personas de más valía del país, oficialmente para solicitar de ellos ayuda y colaboración de toda clase. Pero yo creo que lo ha hecho para valorarlos bien a todos, para conocerlos a fondo, para saber quiénes

pueden ser sus rivales en las próximas elecciones..., y confeccionar una lista de personas a las que Hugo Kiewitz y sus mercenarios asesinos deberían asesinar por encima de todo, aprovechando la revuelta.

—Pero esto..., esto es... ¡monstruoso y maquiavélico!

—Sí, en efecto. Y ojalá me estuviese equivocando.

—Sin embargo, usted no cree estar equivocado.

—Si me guío por lo que sé hasta ahora, no, no lo creo. De todos modos, nadie es infalible. Yo creo que es un buen momento para que todos salgamos de dudas. Vayamos a ver a Marta y a Jofre.

—¿Y por qué no al mismísimo Milton Martínez?

—Yo no me atrevo a tanto, francamente. Tendría que estar mucho más seguro de todo para ir a acusar directamente a Milton. Creo que es mejor que nos enfrentemos en primer lugar a Marta.

—Está bien. Pero quizá no debió esperar usted tanto, señor Sanlúcar.

—Me pareció mejor apoderarme de los cinco millones de dólares que organizar un escándalo en la Casa del Gobierno acusando a Marta, a Jofre... y como consecuencia, a Milton.

—Bueno, no es momento de celebrar o lamentar lo que ya está hecho. Vamos allá.

—Si no le importa —sonrió Jenofonte Sanlúcar—, nos acompañarán mis dos guardaespaldas.

Lamont Ames encogió los hombros, y se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO VII

—¿No has oído la puerta? —preguntó Marta.

Jofre alzó las cejas en un gesto de perplejidad. Hacía ya rato que habían disfrutado por primera vez de su amor, y ahora se habían estado besando, excitándose de nuevo, cuando de pronto ella había apartado su boca para hacer la pregunta, con voz tensa.

—Claro que no —negó Jofre—. Está cerrada, cariño.

—Pues yo juraría haber oído un ruido afuera...

Jofre sonrió, y se inclinó a besar los senos de Marta. Lo estaba haciendo cuando a sus oídos llegó un sonido indefinible, pero perfectamente audible. Se irguió vivamente. Marta le miró con los ojos muy abiertos, y se sentó de un salto en la cama.

—¡Ya te he dicho...! —empezó a gritar.

Y su voz pareció la señal para que comenzasen a suceder cosas, para que se produjeran los hechos de una evidencia tal que más tarde, cuando fuesen analizados, les aterrarían a todos.

Lo primero de todo fue que en la ventana, por entre las rendijas de las tablas que las cerraban casi herméticamente, aparecieron unas franjas de luz. Franjas de luz que hicieron comprender en el acto a Marta y Jofre que afuera había un coche que iluminaba la casa.

Pero el peligro ya estaba dentro.

El peligro de muerte.

Al mismo tiempo que aparecían las franjas de luz en la ventana, en el dormitorio irrumpían bruscamente tres hombres armados con pistolas provistas de silenciador. Tres hombres altos, de rostros crueles, hostiles, brutales... Jofre Orozco lanzó un grito, y se lanzó hacia los pies de la cama, donde sobre una banqueta había dejado sus ropas...

Entonces, los tres hombres comenzaron a disparar, los tres a la vez, apuntando hacia la cama. Jofre recibió el primer balazo sobre el hombro derecho, entrando perpendicularmente dada su posición, y lanzó otro grito, ahora de profundo dolor. Otra de las balas pasó por encima de él, y fue a hundirse en la pared, por encima de la cabecera. La tercera bala dio en el hombro derecho de Marta, que también gritó, giró, y cayó rodando fuera del lecho, dejando en éste un largo manchurrón rojo.

En el mismo momento en que los tres hombres proseguían con sus disparos silenciosos, afuera se oyó el tableteo de una metralleta, gritos, el rugir del motor de un coche, disparos de pistola... Esto alteró visiblemente a los tres visitantes, que, no obstante, insistieron en rematar su labor, enviando una nueva tanda de balas hacia, Marta y Jofre. Éste, que había comenzado a incorporarse, recibió el siguiente balazo en el centro del pecho, y fue empujando violentamente, como un guiñapo, hacia la cabecera, donde, junto a él, en uno de los barrotes metálicos, rebotó otra bala. La tercera bala, buscando a Marta Diosdado, dio en un reloj de mesilla, reventándolo espectacularmente, mientras se oía un extraño timbrado despertador. Casi al mismo tiempo, Marta Diosdado sacaba la pistola que había estado oculta bajo el colchón, y, lívida como un cadáver, la apuntaba hacia los visitantes...

—¡Gruder! —aulló alguien afuera—. ¡Gruder, es una trampa, es una tramp...!

El crepitar de la metralleta de antes ahogó su voz, la extinguió. Al mismo tiempo, se oía el rechinar de unos neumáticos, y más disparos de pistolas, y más gritos.

Marta Diosdado disparaba en aquel instante. La cabeza del hombre que había destrozado el despertador pareció convertirse en un surtidor de sangre y cabellos en su parte alta, dos dedos por encima de las cejas, y el hombre salió despedido de espaldas hacia la puerta.

Afuera se oyó un ahogado estampido, y en las rendijas de la ventana, donde había desaparecido ya la luz de los faros de un vehículo, apareció un intenso resplandor rojo. Se oyó crujir de metal, de cristales, más gritos, más disparos de pistola, voces gritando nombres que no podían entenderse.

Marta estaba apuntando ahora hacia otro de los hombres cuando

éste disparó, mientras el otro corría hacia la puerta del dormitorio. Casi dispararon a la vez, pero en esta ocasión Marta llevó la peor parte. Recibió el balazo en el estómago, lanzó un alarido, y apretó el gatillo mientras caía de costado junto a la cama. Su bala acertó a su agresor en un muslo, y el hombre también gritó, dio media vuelta, y salió en pos de su compañero, pasando tropezando a punto de caerse por encima del cadáver del otro. Salió dando trompicones, mientras, en el suelo, turbia la mirada, Marta Diosdado apretaba sus manos contra la herida, y gemía angustiadamente. En el lecho, Jofre Orozco yacía boca arriba, con una pierna torcida, los ojos cerrados, el rostro demudado.

—Dios... mío... Di... os...

Como si estuviera rodeada de una densa masa de algodón que la aislase, Marta oyó más disparos, y la voz conocida de un hombre. Sí, conocía la voz de aquel hombre...

Sentía un dolor lacerante, y un frío intensísimo. La cabeza le daba vueltas. Y como cazado dentro de una negra espiral, vio la imagen de Jofre sangrante, retorciéndose al recibir un balazo. Pero eso ya había pasado, ya era algo extinto.

—Jo... fre —llamó—. Jofre, amor... m... mío...

Mientras tanto, afuera, el último hombre en salir de la casa, cojeando, tropezó con el cadáver del compañero que le había precedido, y, al mismo tiempo, veía la gran bola de fuego que lanzaba una negra humareda hacia las estrellas.

—¡Suelte el arma! —Oyó la voz—. ¡Suéltela!

El hombre estaba desconcertado, dolorido y, al mismo tiempo, furioso. Vio al que había gritado, muy cerca de él, y su reacción fue absurda: quiso dispararle. Entonces, desde menos de quince pasos, Lamont Ames le lanzó una ráfaga de metralleta. El hombre fue alcanzado de lleno, saltó soltando la pistola, abriendo los brazos, y entró en la casa golpeando con ellos en el marco de la puerta.

—¡No hay ninguno más! —Sonó otra voz.

Y sólo se oyó entonces el crepitar del fuego en el coche que esparcía su rojo resplandor. Más allá, dentro del coche comprado por Nidia Cortés, ésta y Sanlúcar permanecían inmóviles, paralizados. Los dos guardaespaldas del vicepresidente corrían pistola en mano hacia Lamont, pasando junto al hombre que yacía de bruces en el centro de la pequeña explanada frente a la casa.

Dentro del coche incendiado, otro hombre se estaba convirtiendo en negras cenizas.

Lamont señaló a derecha e izquierda de la casa cuando los dos guardaespaldas llegaron junto a él.

—Las ventanas —dijo, con voz tensa—. ¡Puede que hayan entrado más en la casa!

Entró él, metralleta en ristre.

—¡Señorita Diosdado! —llamó—. ¡Marta!

De alguna parte, le llegó un gemido, débil, pero audible. Lamont corrió hacia la luz, llegó al umbral del dormitorio, y se detuvo en seco, palideciendo. Lo primero que vio fue el cuerpo de Jofre Orozco en su trágica postura, lleno de sangre. Inmediatamente después, ahora de rodillas junto a la cama, con las manos en el vientre y el hombro derecho lleno de sangre, vio a Marta.

—¡Dios! —jadeó el norteamericano.

—Jofre —seguía llamando Marta—. Jo... fre...

Lamont corrió hacia la muchacha, y se apresuró a tenderla de espaldas, en su deseo de evitar la hemorragia lo máximo posible. Destrozó una sábana dando tirones, dobló el gran trozo, y lo colocó sobre la herida, apartando las manos de Marta, crispada. Los ojos de ella, velados, parecieron mirarlo.

—Jofre... Jofre...

—Sí —murmuró Lamont—. Soy yo, querida... Todo va bien. No hables, no te muevas.

Marta Diosdado sonrió dulcemente, y su mirada pareció pasar a través de Lamont. En la puerta aparecieron los dos guardaespaldas de Sanlúcar, todavía pistola en mano, pero se apresuraron a guardarlas. Lamont volvió la cabeza.

—Vean si hay teléfono aquí, y llamen inmediatamente dos ambulancias a Costana, con equipo médico completo de urgencia. Y digan al señor Sanlúcar y a Nidia que vengan, busquen vendas, o sábanas limpias y háganlas pedazos. ¡Vamos, vamos!

De nuevo quedó solo con Marta. A los pocos segundos oyó girar el disco de un teléfono... Marta Diosdado le miraba ahora a los ojos.

—Jofre...

—Sí, querida, estoy aquí. Todo está bien.

—Jofre, la carta..., la carta para Milton... Tienes que ir a mi apartamento, abre la caja y coge el sobre, llévaselo a Milton...

¡Tienes que hacerlo!

—Lo haré. Tranquilízate, lo haré.

—Han sido ellos..., los de la lista... ¡Ellos han querido matarnos! Llévale la carta a Milton, ya no podemos ocultárselo... más tiempo, aunque..., aunque sufra, y aunque... ¡Llévale la carta!

—Lo haré inmediatamente, cariño —aseguró Lamont, en su papel de Jofre Orozco, el cual parecía un cadáver.

Marta volvió a sonreír. Su mirada pareció difuminada de nuevo. Jenofonte Sanlúcar, Nidia y el guardaespaldas entraron en el dormitorio, y casi enseguida lo hizo el otro guardaespaldas, con una sábana que comenzó a convertir en tiras.

—Las ambulancias están en camino —dijo.

—Bien. Nosotros no podemos hacer nada más que tratar de contener la hemorragia de ambos. No los muevan, esperen a que llegue el equipo médico... Señor Sanlúcar, ¿sabe usted dónde tiene Marta su apartamento?

—Claro. Avenida de la Libertad, 208, apartamento 1-B.

—Muy bien. Usted quédese aquí y atienda todo esto. Marta ha hablado de una lista de nombres, de hombres, diciendo que han sido ellos los que han ordenado esto. ¿Sabe algo al respecto?

—No. Y no comprendo nada.

—Tal vez esa lista y la carta de Marta lo aclare todo. Le llamaré en cuanto me sea posible, señor Sanlúcar. Nidia, vámonos, tienes que llevarme a Costana, a la Avenida Libertad. El bolso de Marta debe estar por aquí...

* * *

Utilizando el llavín que extrajo del bolso de Marta Diosdado, Lamont Ames abrió la puerta del apartamento, hizo entrar a Nidia, y acto seguido lo hizo él, cerrando la puerta. Encendió la luz, y se adentró en el apartamento.

Tardó un minuto en encontrar la pequeña caja fuerte empotrada en uno de los paneles de la librería, y poco más de tres en abrirla por sus propios medios, ante la asombrada mirada de Nidia Cortés.

Y tardó pocos segundos en tener en las manos el sobre en cuyo anverso constaba el nombre del presidente Milton Martínez. Sin la

menor vacilación, Lamont rasgó el sobre y extrajo tres cuartillas escritas a mano. En una de las cuartillas había una lista de nombres. Las otras contenían el mensaje que Marta Diosdado tenía preparado, evidentemente hacía tiempo, para Milton Martínez. Y cuando Lamont Ames leyó el mensaje quedó lívido, demudado el rostro.

—Dios bendito —jadeó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pone ahí, Lamont?

Miró a Nidia como si no la viera. De pronto, parpadeó y sacudió la cabeza. Fue a sentarse en un sillón, y encendió con manos temblorosas un cigarrillo. Nidia le miraba asustada.

—Es la... atrocidad más grande que conozco —susurró Ames—. ¡Es la porquería más grande y miserable del mundo, es la canallada más atroz que..., que...!

—Pero... ¿qué pasa? —insistió Nidia.

Lamont dobló las tres cuartillas, y se las guardó. Miró entonces a Nidia.

—¿A qué hospital han llevado a Marta y Orozco? ¿Lo sabes?

—Supongo que al Central.

—Vamos allí. Seguramente acudirá Milton Martínez..., y tengo que hablar con él y con Sanlúcar.

* * *

Hacia las cuatro de la madrugada el médico jefe del equipo de cirujanos entró en el despacho del director del Hospital Central, donde en compañía de éste esperaban Milton Martínez, Jenofonte Sanlúcar, Nidia Cortés y Lamont Ames. Los cinco miraron expectantes al médico, que asintió, con gesto fatigado.

—La mujer se salvará —murmuró—, pero del hombre no podemos responder con seguridad hasta transcurridas veinticuatro horas. Hemos hecho todo lo posible, señor Presidente.

—Veinticuatro horas —murmuró Milton—. Bien, al menos sabemos seguro que Marta se salvará. ¡Y ojalá ese pobre muchacho se salve también! Dios, no sabía que se amaban, no sabía...

No dijo nada más. Quedó silencioso, sombrío. Lamont miró al director del hospital, y pidió:

—¿Pueden salir usted y su colega, doctor?

El director miró con cierta expectación a Sanlúcar, que asintió

con un gesto. En cuanto la puerta se cerró dejando afuera a los dos médicos, Lamont miró a Milton Martínez, y dijo:

—Insisto en terminar este asunto a mi manera, señor presidente.

—No puedo hacerlo —le miró Milton—. ¡No puedo autorizar eso, señor Ames!

—¿Por qué no? —Gruñó Sanlúcar—. Escucha, Milton, yo he estado equivocado respecto a ti, a Marta y a Jofre. Creía que los tres estabais tramando lo de eliminar a esas personas que pudieran hacerte sombra... Me equivoqué. Nos hemos equivocado todos, excepto Marta y Jofre, que han querido hacerlo todo en secreto para no lastimarte, para que todo quedase como una cosa de mercenarios asesinos... ¡Y ellos tenían razón, es el mejor modo de hacerlo!

—No puedo... ¡No puedo autorizar esa Gran Reunión, no podría hacerlo sabiendo lo que va a pasar allí!

—¡Sí puedes! —se encolerizó Sanlúcar—. ¡Maldita sea, claro que puedes hacerlo, eres el presidente! Y lo que ese grupo de personas están tramando es tu propio asesinato... como principio de la maquinación más espantosa del mundo. ¡Maldita sea, claro que puedes!

—No, no, no... ¡Tengo que suspender esa reunión!

—Señor presidente —intervino de nuevo Lamont—, si usted pasa aviso de que la Gran Reunión ha quedado suspendida, los hombres de esa lista sospecharán que algo no está funcionando según sus planes, y o bien escapan o bien los cambiarán. Y en este caso, no sabríamos qué nuevos planes pondrían en marcha... ¡Tenemos que golpearlos ahora, ahora que sabemos quiénes son y lo que están tramando! Y si usted no quiere aceptar esto es que no merece ser presidente de Valdivia ni de nada. Escuche, en asuntos como éste siempre hay gente que acude al encuentro de los ángeles... que muere, quiero decir... ¿Por qué arriesgarse a ser usted el muerto y a que esos hombres consigan sus propósitos? ¡Que sean ellos quienes vayan al encuentro de los ángeles!

—Pero... no podemos matarlos... así como así. Ni quiero hacer un juicio en el que se hablaría de la verdad, de lo que están tramando...

—Se lo diré otra vez. Déjeme hacer a mí. Usted, simplemente, deje las cosas como están, no suspenda esa Gran Reunión. En

cuanto a mí, todo lo que necesito es un helicóptero —miró a Nidia de pronto, con gesto preocupado—, y de nuevo la ayuda de la señorita Cortés.

—¿Yo? —Respingó Nidia—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Me dijiste que te pusiera a prueba, ¿recuerdas?

—Sí... Sí.

—Bueno, pues lo voy a hacer; tendrás que volver a San Lorenzo..., al bar Cuzco.

CAPÍTULO VIII

Pardinas había fruncido el ceño al ver aparecer a la tarde siguiente a la muchacha que se había llevado a Salinas de allí. Pero esta vez no dijo nada. Simplemente, desvió la mirada hacia una mesa a la que habían sentados dos hombres. Éstos captaron la mirada de Pardinas, el cual, con un gesto de la barbilla señaló a la recién llegada. Los dos hombres asintieron, y dedicaron toda su atención a Nidia Cortés, que fue a sentarse a una mesa apartada.

Inmediatamente, los dos hombres fueron allá, y se sentaron frente a ella, como acorralándola.

—Muy bien, nena —dijo uno de ellos—, ¿dónde está Salinas? Y no nos vengas con cuentos, ¿entiendes? Él salió ayer de aquí contigo, y desde entonces no se le ha vuelto a ver. ¿Dónde está?

Nidia Cortés tragó saliva. Lamont se lo había advertido: los mercenarios compañeros de Salinas le debían estar buscando, y en cuanto ella apareciera la abordarían, incluso quizá con malos modales. Era un riesgo grande, pues con aquella gente no cabían las bromas ni las sutilezas.

«No tienes que hacerlo si no quieres», había dicho por fin Lamont.

«Pero tú también te vas a jugar la vida, ¿no?», había preguntado ella.

«Sí, pero ése es mi trabajo, no el tuyo. Recorro a ti porque no dispongo de otro sistema para conseguir contacto rápido con Hugo Kiewitz..., pero no tienes que hacerlo si no quieres, no hay que exagerar en...».

Ella había querido. Y ahora tenía frente a frente a dos hombres que la miraban fríamente, esperando una respuesta a su pregunta: ¿dónde está Salinas? Nidia sabía que no debía contestar a esto,

sabía lo que tenía que contestar exactamente.

—Un amigo mío con cinco millones de dólares quiere ver a Hugo Kiewitz.

Y eso fue lo que contestó. Los dos hombres sonrieron perversamente.

—¿De verdad? Pues nos gustaría mucho ver ese dinero.

—Mi amigo está cerca de aquí, en un coche, con el dinero. Les está esperando, para que le lleven junto a Kiewitz a fin de entregarle el dinero... y que proceda según las instrucciones que se le facilitaron.

Durante unos segundos, los dos mercenarios estuvieron estudiando detenidamente a la muchacha. Por fin, casi a la vez, ambos se pusieron en pie, y señalaron hacia la puerta del bar.

Un minuto más tarde, llegaban junto al automóvil a cuyo volante esperaba Lamont Ames. Nidia se sentó a su lado, y los dos hombres lo hicieron en el asiento de atrás, comenzando a sacar sus pistolas. Lamont Ames se limitó a volverse hacia ellos y tenderlos el maletín que aquella tarde había recogido de su escondrijo en las montañas.

—Está desactivado —dijo—, de modo que pueden abrirlo sin miedo.

Uno de los mercenarios le apuntó a la cabeza con su pistola. El otro abrió el maletín. Allí, perfectamente ordenados en fajos, había cinco millones de dólares en billetes de cinco mil. El hombre sacó uno a uno los diez fajos de quinientos mil dólares cada uno, examinó los billetes rápidamente, lo guardó todo de nuevo, y miró a Ames.

—Se lo entregaremos a Hugo —dijo.

—Tengo que ir con ustedes para darle las últimas instrucciones. Dispongo de un helicóptero, al que podemos llegar en quince minutos.

—Muy bien.

—Mi amiga se quedará en...

—Su amiga vendrá con nosotros —cortó el hombre.

—Pero ella no tiene nada que ver con...

—Ella vendrá. Arranque. Vamos a donde tiene el helicóptero, y lo guiaremos hacia el escondrijo de Hugo.

Hugo Kiewitz medía metro noventa, era rubio casi albino, tenía la piel blanca como leche, y sus ojos, claros casi como la mismísima agua, habían producido una irreprimible sensación de repulsa, pero sobre todo de pánico en Nidia Cortés. Su indumentaria habría encajado mejor en un safari por África que en aquellas montañas donde se había instalado a la espera de su acción, ocupando una cabaña de pastores en la que, Lamont la vio muy pronto, disponía de una radio. Afuera, un viejo camión parecía pudrirse al sol de la tarde, contrastando con el flamante helicóptero recién llegado.

—Muy bien —dijo Kiewitz por fin, tras examinar el dinero—. Pero quiero saber qué pasó con Salinas.

—Él quiso traicionarle a usted, precisamente pagado por los hombres de esta lista —dijo Lamont, tendiéndole la cuartilla—, que son, precisamente, los hombres para asesinar a los cuales le contrató a usted Marta Diosdado, a fin de no recurrir a soldados o personal a sus órdenes directas. Todo tiene que quedar como una acción pagada desde el exterior, Kiewitz.

—Explíquese eso de Salinas.

—Bueno, yo tenía que tomar un autocar en San Cristóbal...

Lamont lo explicó todo. Cuando terminó, Kiewitz tenía el ceño fruncido. Con él, además de los dos hombres que habían llegado en el helicóptero, había seis más. Del resto, ni rastro..., aunque Lamont sabía perfectamente que no debían estar muy lejos, esperando instrucciones por la radio.

—Está bien, señor Ames —asintió Kiewitz—. Efectivamente, lo que usted me ha explicado encaja perfectamente con lo que estuvimos hablando la señorita Diosdado y yo en Acapulco hace unas semanas...

—Entonces, todo está entendido —murmuró Lamont.

—Desde luego. Tenía ya ganas de terminar con esto y volver a Acapulco —sonrió de un modo que estremeció a Nidia—. Se está mucho mejor allí que en estas montañas.

—Lo comprendo —sonrió Lamont—. Bien, creo que lo último que queda por decir es que la Gran Reunión es a las diez de esta noche. En el dorso de la lista he anotado la dirección del lugar donde se llevará a cabo, y le he dibujado un mapa.

—Sí, ya lo he visto... ¿Habrá soldados allá?

—Naturalmente. Pero no más de una docena, bien seleccionados. Bien seleccionados en cuanto a su fidelidad y discreción, se entiende, no en cuanto a su eficacia. Es por eso, Kiewitz, que debe quedar bien claro que deberán ustedes dominarlos sin tan siquiera herir a uno de ellos. Límitese a los hombres de la lista.

—Lo tendré en cuenta. Y como no hay tiempo que perder, me pondré en movimiento en seguida... Píkov, avisa a los demás por la radio, que se reúnan en el lugar convenido.

—Sí, Hugo —se dispuso a obedecer el tal Píkov.

—En cuanto a usted, señor Ames, se quedará aquí con su Linda acompañante, esperando mi regreso. Le harán compañía cuatro de mis hombres y el dinero.

—¿Por qué hemos de quedarnos nosotros? —protestó Lamont—. ¿Teme que le haya tendido una trampa? Sería una idiotez.

—Lo sería, pero ya he visto demasiadas cosas. De modo que se quedarán. Y por supuesto, sin armas... Revisad el equipaje del señor Ames, y preparad el camión. El helicóptero se quedará aquí.

Todo se hizo con rapidez. En cuanto a las pertenencias de Lamont Ames, fueron confiscadas por los hombres de Kiewitz, excepto el paraguas, que mereció algunas bromas. Finalmente, Lamont y Nidia quedaron en la cabaña con los cuatro mercenarios, oyendo alejarse el camión. En cuestión de segundos todo fue silencio.

Dos horas más tarde comenzó a refrescar en las montañas, pero uno de los mercenarios encendió una estufa de butano, bajo la sonriente mirada de Lamont, que comentó:

—Están muy bien instalados aquí, amigo.

—Sabemos arreglárnoslas para pasarlo lo mejor posible en cualquier sitio.

Lamont asintió, y fue a sentarse frente a la estufa, bastante cerca. Nidia se sentó a su lado, en el suelo, cruzando las piernas.

—¿Nos dejarán marchar cuando todo termine? —susurró.

Lamont la miró, y sonrió. Pero fue una sonrisa carente de espontaneidad, de sinceridad.

—No lo sé —replicó—. Yo espero que sí, pues a fin de cuentas Kiewitz está a nuestro servicio, somos nosotros quienes le estamos

pagando su contrato. Pero por si tomasen una decisión... desagradable, quiero que sepas por qué nos enviarían al encuentro de los ángeles. ¿O no quieres saber la verdad definitiva de todo esto?

—Sí... Me gustaría.

Lamont tendió a Nidia las dos cuartillas en las que Marta Diosdado explicaba la situación al presidente Milton Martínez; carta que había quedado retenida, y que no habría sido leída por nadie de no haber sido puesta fuera de combate la jefa del servicio secreto de Valdivia. La carta decía así:

«Estimado señor presidente: Le adjunto una lista con siete nombres de otras tantas personas que estarán presentes en la Gran Reunión. Pese a la confianza que usted les dispensa con su convocatoria para el mejor funcionamiento del país utilizando a los hombres que considera más idóneos para desempeñar cargos de servicio público en todos los ámbitos, esas siete personas están planeando una gran traición contra usted en lo personal y un gran crimen contra todo el pueblo de Valdivia. Ciertos informes recogidos por mi servicio (que funciona mucho mejor de lo que muchos creen, incluido usted mismo) me hicieron sospechar de determinadas personas, cuyo número, en poco tiempo, se concretó en siete. Usted tiene la lista ya. Recurriendo a personal de mi más absoluta confianza, y a Jofre Orozco, al que amo y por el cual soy correspondida, he sometido a vigilancia de toda clase a esos siete hombres. Parte de esa vigilancia ha sido electrónica, sofisticación que muchos ignoran entra dentro de mis recursos profesionales. Por medio de esa vigilancia electrónica llegué a conocer, finalmente, los planes de esos siete hombres, y me llevé tal susto que estuve a punto de hacerlos detener inmediatamente y enfrentarlos a usted. Sin embargo, tras reflexionar, me pareció que sería mejor solucionar el asunto por mis

propios medios, siempre con la ayuda de Jofre. Así, recurrí a la colaboración de una organización de tendencias pacifistas con uno de cuyos miembros tuve contacto hace tiempo. Por discreción y agradecimiento a esa organización no le diré a usted su nombre. Sólo le diré que aceptaron ayudarme cuando, mintiéndoles a mi pesar, les dije que había en Valdivia peligro de una revolución encabezada por un mercenario de reconocido “prestigio” sangriento. Ese mercenario es Hugo Kiewitz, al que ofrecí cinco millones de dólares por sus servicios. Sí, también le mentí a usted, en efecto, pero lo hice para no apenarlo con la explicación de la verdad, mucho más dolorosa que una simple revuelta de características políticas o militares. Perdóneme por haberle mentido, pero tenía que hacerlo así, del mismo modo que mentí a esa organización, pues no quería que supiera la verdad del gran crimen que se está gestando en nuestro país, algo vergonzoso y sobre todo horroroso. Y éste es el crimen, señor presidente. Esas siete personas han planeado asesinarlo en breve a usted y a sus colaboradores de más importancia y confianza, a fin de hacerse con el poder en Valdivia. Una vez conseguido esto, autorizarían a cierto país la instalación aquí de veinticinco centrales nucleares..., lo que de por sí no tendría nada especialmente malo si no fuese porque, DELIBERADAMENTE, esas centrales nucleares llegarán a Valdivia ya defectuosas, de tal modo que cuando entren en funcionamiento tendrán fugas radiactivas de las características de la ocurrida no hace mucho en cierta ciudad de los Estados Unidos. Como es natural, esas fugas radiactivas producirían muertes y taras de índole imprevisible entre la población del país... Y ése es el objetivo: utilizar Valdivia, a sus gentes, como conejillos de laboratorio, aprender en sus carnes y en

sus vidas cómo controlar o reparar las fugas, y, en fin, experimentar para que, en otros sitios, se pueda proceder a la instalación de centrales nucleares ya CORREGIDAS tras el estudio de lo ocurrido en Valdivia con las fugas de contaminación. En otras palabras, señor presidente: quieren convertir nuestra patria en un laboratorio de muerte y taras sólo para saber qué es lo que no deben hacer cuando ellos, los que han contratado a esos siete hombres nuestros, procedan a la progresiva instalación de centrales nucleares en su país. No voy a decirle quiénes han contratado a los nuestros, a los siete traidores criminales, a fin de evitar roces y disgustos que podrían ser muy serios y afectar la buena marcha de Valdivia hacia el progreso y la paz. Pero sí voy a decirle, señor presidente, que he decidido EJECUTAR a esas siete personas por medio de un hombre tan criminal como ellos mismos: el mercenario internacionalmente famoso Hugo Kiewitz. Si usted está leyendo esto significará que yo he muerto. Por favor, perdóneme... y ocúpese usted de esos siete criminales traidores».

«¡Arriba Valdivia!».

«Marta Diosdado López».

Las manos de Nidia temblaron cuando devolvió la carta a Lamont, al que miró con expresión desorbitada, incrédula..., aterrada. Lamont se guardó las dos cuartillas, bajo la curiosa mirada de dos de sus guardianes. Cuando volvió a mirar a Nidia, vio los ojos de la muchacha llenos de lágrimas.

—Como ves —intentó sonreír—, no pertenezco a la CIA.

—Lamont, ese... ese país que instalaría aquí las..., las centrales nucleares defectuosas sólo puede ser...

—No lo digas. Quizá acertases, quizá no. Es mejor que ni lo menciones, como ha hecho Marta Diosdado. Podríamos

equivocarnos todos, Nidia.

—Dios, pero esto... ¡es horrible! ¡Instalar deliberadamente centrales nucleares defectuosas *fuera* de su país para luego instalarlas con más sistemas de seguridad en su propio suelo...! ¡Eso es una canallada monstruosa, es...!

—Tranquilízate. Ya no se hará. Y mi organización se encargará de lanzar la advertencia de modo que el país interesado se dé por aludido y sepa que *alguien* conoce esa clase de proyectos experimentales en suelo ajeno. Ya no sucederá..., espero.

—¡Y esos siete horribles criminales que querían vender a todo su pueblo como conejillos de laboratorio...!

—Me parece —murmuró Lamont— que éstos tampoco podrán seguir adelante con sus propósitos...

* * *

—¡FUEGO! —ordenó Hugo Kiewitz.

Los catorce mercenarios que formaban el pelotón de fusilamiento comenzaron a disparar contra los siete hombres colocados de espaldas ante una tapia de la hacienda. Se oyeron los secos estampidos de los rifles, los gritos de dolor y agonía, los rebotes de las balas contra la tapia, de la cual saltaron trozos de ladrillo y pegotes de cal. Por entre la humareda de los disparos, el pelotón vio cómo los siete hombres caían prácticamente a la vez, acibillados, en diferentes pero todas trágicas posturas, distorsionados sus rostros por el dolor y la muerte.

Y luego, el silencio total.

A un lado del amplio jardín cerrado, el grupo de soldados que había sido sorprendido permanecía, desarmado y bien vigilado, en completo silencio, todos pálidos. Al otro lado, el resto de los invitados a la Gran Reunión, igualmente vigilados por mercenarios magníficamente armados, apenas conseguían controlar su horror. Para ellos, todo aquello no tenía sentido, no comprendían nada, y sólo barruntaban vagamente alguna extraña maquinación de procedencia desconocida, y, por supuesto, ajena a Valdivia directamente. Uno junto a otro. Milton Martínez y Jenofonte Sanlúcar, los únicos que conocían toda la verdad, permanecían inmóviles, fija la mirada en el suelo.

Pero tuvieron que alzarla al oír mencionar sus nombres. Dejaron de pensar, por el momento, en los siete hombres que habían tramado el escalofriante asunto, que, finalmente inquietos por las actividades de Marta y Jofre, habían enviado varios hombres a matarlos antes de dar su gran golpe, que había preparado la espantosa masacre en su propio pueblo...

—Ustedes dos —dijo el mercenario que había pronunciado sus nombres— vendrán con nosotros hasta que nos consideremos a salvo de cualquier reacción militar. Luego podrán regresar, por sus propios medios, sanos y salvos. ¿Han entendido?

Milton y Jenofonte asintieron con la cabeza, simplemente. Luego, miraron a Hugo Kiewitz, inconfundible. El mercenario se había acercado, pistola en mano, a los siete hombres fusilados, y procedió, fríamente, meticulosamente, a dispararles el tiro de gracia.

Luego, simplemente, los mercenarios se fueron, llevándose como rehenes de seguridad a Jenofonte Sanlúcar y Milton Martínez.

* * *

—Pero los dejarán regresar sanos y salvos —insistió Lamont Ames.

—Ya le he dicho que sí —sonrió Hugo Kiewitz—. En estos momentos ya habrán sido recogidos por algún automovilista que los llevará adonde ellos quieran. Tranquilo, señor Ames.

—Está bien.

—Sí, está bien —sonrió de nuevo Kiewitz. Uno de sus hombres entró en la cabaña.

—Hugo, todo está preparado para la marcha. En menos de dos horas habremos cruzado la frontera.

—De acuerdo. Marchaos ya. Yo me adelanto en el helicóptero, y con el dinero. Haremos las partes en Acapulco, donde os estaré esperando convertido en un gran señor.

—Siempre eres el que sale mejor librado —gruñó el otro.

—Porque soy el mejor. Venga, no perdáis más tiempo. Salgamos todos, señor Ames.

Salieron todos de la choza, preguntando Lamont:

—Si ustedes se llevan el camión y el helicóptero..., ¿cómo

vamos a regresar nosotros?

—Estoy seguro de que un hombre como usted encontrará el modo de hacerlo. Además, ¿qué tiene de malo pasar la luna de miel en esta cabaña?

—¿Qué luna de miel? —masculló Lamont Ames.

—Si yo fuese usted —guiñó un ojo el mercenario— me las arreglaría para que hubiera luna de miel. La chica es guapísima, hombre. Y además, no creo que sea prudente moverse de noche por estas montañas. De modo que... ¡feliz luna de miel! Vamos, sólo hay que ver cómo le mira la chica, señor Ames. ¿Qué le pasa? ¿A usted no le gusta ella?

—A decir verdad, sí que me gusta —sonrió Lamont—. Es más, ahora que casi todo ha terminado puedo permitirme el lujo de decirle que la amo. Cosas que pasan.

—¡Oh, Lamont! —exclamó Nidia—. ¡Creía que nunca...!

—¿Qué quiere decir con eso de que *casi* ha terminado todo? —preguntó Kiewitz—. Yo diría que todo está más que resuelto.

—No. Yo todavía no he terminado mi parte, Kiewitz.

Éste frunció de nuevo el ceño. El camión ya se había marchado, estaban solos frente a la cabaña el mercenario, Lamont y Nidia. Algo no debió gustar a Kiewitz en la sonrisa de Lamont Ames, porque puso la mano sobre la pistola metida en la funda de cadera.

—¿Qué quiere decir? —susurró el mercenario.

—Yo trabajo para una organización llamada Vigilancia Universal, o, si lo prefiere en inglés, la Match Wide World, más conocida por sus siglas de MWW. Tenemos allá gente muy interesante, como por ejemplo, los inimitables Elvis y Alice, la pareja más encantadora... y peligrosa del mundo. Yo soy un lobo solitario, siempre trabajo solo..., aunque en esta ocasión me haya ayudado Nidia, que en efecto es preciosa... Pero a lo que vamos, Kiewitz. Nosotros, la MWW, hacemos siempre nuestros propios trabajos, que siempre, SIEMPRE, están encaminados a conservar la paz en el mundo... en lo posible. Y para conservar la paz en el mundo partimos siempre de una base quizá demasiado expeditiva, pero de óptimos resultados: eliminar a quien haya atentado, esté atentando o pretenda atentar en el futuro contra la paz. Usted, Kiewitz, es uno de esos bichos que pueden provocar situaciones... conflictivas en cualquier parte del mundo. Y además, es usted cruel,

perverso y criminal... Es un asesino nato. Así que cuando me enviaron aquí me dijeron: y sobre todo, Lamont, pase lo que pase en Valdivia, asegúrate de que envías a Hugo Kiewitz al encuentro de los ángeles.

El rostro de Hugo Kiewitz parecía haberse convertido en una máscara de hielo.

—Es decir, señor Ames, que usted tiene orden de matarme, por encima de todo.

—Así es. Lamentablemente, he tenido que utilizarlo, pero ahora ya no me sirve. Ni sirve de nada a nadie, Kiewitz. En fin, que ya puedo matarle.

Una expresión de alarma apareció ahora en el rostro de Hugo Kiewitz, que tiró rápidamente de la pistola, provocando por fin la reacción de Nidia, hasta entonces paralizada por el asombro y el espanto que le producían las palabras de Lamont, que parecía haberse vuelto loco. ¿Cómo se permitía amenazar a un hombre como Kiewitz de aquel modo, sin contar con arma alguna...?

Pero Nidia Cortés estaba equivocada.

Y Hugo Kiewitz también se equivocó, porque Lamont Ames sí estaba armado. Y muy bien armado.

De la punta de su paraguas, que había estado sosteniendo con displicencia, brotó un rojo fogonazo y apenas un chasquido. La bala especial penetró en el corazón de Hugo Kiewitz, y lo derribó muerto en el acto.

Lamont miró a Nidia, sonrió, y abrió el paraguas.

—Y además, es realmente un paraguas, no creas. Bien, me parece que el señor Kiewitz no va a necesitar el helicóptero, así que vámonos de aquí..., con los cinco millones de dólares, claro.

Recogió el maletín y se dirigió hacia el helicóptero. Poco después, en ruta hacia Costana, pasaba por encima del camión en el que viajaban los mercenarios. Atrás, con los abiertos ojos reflejando las estrellas, quedaba Hugo Kiewitz, para pasto de alimañas..., porque, con seguridad, los ángeles no lo querrían con ellos.

CAPÍTULO IX

—Es decir —murmuró Marta Diosdado—, que hice bien en recurrir a mi amigo de MWW, señor Ames.

—Naturalmente. De otro modo..., ¿cómo habría podido usted contar con la ayuda de un sujeto tan eficaz como yo?

Tendida en el lecho del cuarto del Hospital Central, Marta Diosdado sonrió. Estaba pálida y demacrada, pero en una semana el curso de su estado era ya plenamente satisfactorio.

—Tiene razón —dijo—. Ha sido usted la salvación de Valdivia, señor Ames, y...

—Yo no. La MWW, queridita, que dispone de personal... adecuado.

—No se puede dudar. Me habría gustado... verlo todo, y sobre todo, ver a Hugo Kiewitz recibir su disparo de... paraguas. Me imagino que dispone usted de muchos más trucos.

—¡Huy! —exclamó jocosamente Lamont—. ¡Si yo le contara...! Fíjese si dispongo de trucos que he conseguido que esta pobre tonta se enamore perdidamente de mí. ¡No puede quitármela de encima!

Nidia, tomada de una mano de Lamont, soltó una carcajada, resplandecientes los ojos, Marta volvió a sonreír.

—¿Y qué piensan hacer ahora? —preguntó.

—Me temo que se van a quedar ustedes sin conductora de autocar —dijo Lamont—, me la llevo. Mire, nos quedaríamos hasta que Jofre estuviese completamente bien, para hacer una doble boda muy bonita, pero, caramba, ¡hágase cargo, no podemos esperar!

—Lo comprendo. Bueno, señor Ames, no sé cómo agradecerle todo lo que...

—Bah, bah, bah. Olvídelo. Olvídelo todo. Y nos vamos ya, porque el señor presidente, que está visitando a Jofre en la

habitación de al lado va a venir a verla a usted de un momento a otro, y no quiero estar presente.

—¿Por qué? —se sorprendió Marta.

—Porque me abruma con sus expresiones de agradecimiento.

—Además —dijo Nidia—, nuestro avión para México y París sale dentro de dos horas. ¡Estoy deseando llegar a París!

—Entre otras cosas —dijo Lamont.

—Sí —se sonrojó Nidia encantadoramente—. En realidad, lo que menos me importa de París... es París. Lamont ha estado tan ocupado estos días que no hemos podido... Bueno... Quiero decir...

—No sigas —rió Lamont Ames—. ¡Se te entiende todo!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...